

ALEJANDRA COSTAMAGNA

---

*El sistema  
del tacto*

Finalista Premio Herralde de Novela



---

ANAGRAMA  
Narrativas hispánicas

# EL SISTEMA DEL TACTO

**ALEJANDRA COSTAMAGNA**

Finalista Premio Herralde de Novela



**ANAGRAMA**

Narrativas hispánicas

Edición en formato digital: noviembre de 2018

© Alejandra Costamagna. c/o Indent Literary Agency, 2018

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2018

Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3994-4

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[anagrama@anagrama-ed.es](mailto:anagrama@anagrama-ed.es)

[www.anagrama-ed.es](http://www.anagrama-ed.es)

El día 5 de noviembre de 2018, un jurado compuesto por Rafael Arias, Gonzalo Pontón Gijón, Marta Sanz, Jesús Trueba, Juan Pablo Villalobos y la editora Silvia Sesé otorgó el 36.º Premio Herralde de Novela a *Lectura fácil*, de Cristina Morales.

Resultó finalista *El sistema del tacto*, de Alejandra Costamagna.

*Para Miska, pájara de mis desvelos  
Y para Hebe, por tanto tanto*

Y qué monstruosidad los antepasados, puras historias para enloquecer a los niños.

MARÍA SONIA CRISTOFF

Cuando somos felices, nuestra fantasía tiene más fuerza; cuando somos infelices, actúa de modo más vivaz nuestra memoria.

NATALIA GINZBURG

No va a leerlos, piensa Agustín. La chilena no va a leerlos. Acaba de prestarle los tres últimos libros que le prestó el flaco Gariglio, su compañero de dactilografía: *La herencia maldita*, *Pánico en el paraíso* y *Los niños diabólicos*. El préstamo de un préstamo. Debe devolverlos a Gariglio la próxima semana o pagar por ellos, si le gustan. La niña se aburre, piensa Agustín. Por eso le da los libros. Ella los recibe como se reciben las cartas en una partida de escoba, como las que juega con sus abuelos por las noches, sin mucho entusiasmo. Más bien con parsimonia, algo que a Agustín no le parece propio de su edad. No debería pasar tantas horas con Nérida en esa pieza llena de exclamaciones. Él sabe que bajo los silencios de su madre hay estallidos que pueden dejar sordo a cualquiera. Aunque sea una niña, aunque sea extranjera. Tampoco es bueno que la obliguen a dormir siesta ni que pase los meses de vacaciones encerrada con los viejos. Si no mírenlo a él, que apenas sale a sus cursos de dactilografía una vez a la semana. Mírenlo a él, que vive en esta covacha, tecleando y tecleando, y no va ni a la plaza. Como si esto, su vida, fuera la prolongación tardía de alguna guerra. Una casa de seguridad, una de esas prisiones de los zurdos que dicen que hay a la vuelta de la esquina. Agustín escucha rumores, pero no los alimenta. Y es verdad que a la niña no la tienen encerrada, eso sería una exageración. A veces sale con su prima Claudia, trepan los árboles, hacen cosas de niñas. Se nota que a ella le gusta estar ahí, con estos parientes que habitan moradas tan distintas, imagina Agustín, a la de su país. Él nunca ha ido más allá de Mar del Plata (y eso fue hace mucho, con su madre, cuando todavía salían de la casa). La niña, en cambio, va y viene todos los años de Chile a Argentina, de Argentina a Chile por tierra. Ha escuchado tantas veces el relato de la chilena y de su padre. Que la llanura buscando los rieles de un tren que nunca aparece, mientras avanzan hacia el oriente, que los remolinos como un espejismo, que las paradas en medio de la ruta para orinar o estirar las piernas, que las montañas allá al fondo, que la subida, ¿cuánto falta, papá?, que el túnel más largo del mundo -casi tan largo como Chile, imagina Agustín que exagera la

niña mientras extiende los brazos como si lo más largo del mundo fuera un metro y medio, un país que se cae del mapa-, que el viento como un animal furioso en la cumbre, que la bandera con la estrella blanca sobre el fondo azul y el rojo sangre a un costado, que las curvas montañosas, que la bajada, que al fin su casa. La niña tiene un nombre, pero él la llama *chilenita*. Es hija de su primo y lleva su mismo apellido; sus mismas iniciales, incluso. Podría ser su hermana menor, piensa, la hermana que nunca tuvo. A veces le dan ganas de subir a la citroneta del primo y partir con él y la niña hacia el otro lado. Llevar la radio a pilas y escuchar a Elvis Presley hasta que se apaguen sus voces. La de Elvis y las de la comitiva. Parientes que se fugan juntos y desaparecen de los radares humanos. Diablos disfrazados de ángeles, despegando hacia un cielo sin nombre, hacia otra galaxia. Que la chilenua lo salve. Que lo saque de ahí, que le abra las puertas, que lo haga cruzar el mar si es necesario, que le diga que esos libros son de mentira, que la vida es otra cosa. Pero la niña es una niña y no puede cambiar la historia.

DIVISIÓN IMAGINARIA DEL TECLADO: Se divide el teclado con una línea imaginaria, en dos partes. Las letras situadas en el lado izquierdo de la línea nombrada, deberán pulsarse con los dedos de la mano izquierda y las situadas en el lado derecho con los de la mano derecha.

Que se va a morir, le dice el padre. Que su primo, el último pariente de su corteza que queda vivo, su único primo, agoniza al otro lado de la cordillera. Que él no puede viajar a Campana, dice, que por favor vaya a acompañar a Agustín en la agonía. Que lo sustituya, le pide mientras apaga el segundo cigarro de la mañana. Que si acepta, dice el padre, él compra el pasaje hoy mismo y le da dinero para sus gastos. Lo que necesite. Ania lo necesita. Desde que la echaron de la escuela lo necesita mucho. El dinero, la estabilidad. Desde que empezó a pasear perros, a cuidar gatos, a regar plantas ajenas mientras los moradores de las casas están de viaje. Desde que conoció a Javier en esas andanzas. No, decir eso sería injusto. Desde que empezó a tener uso de razón, mejor. Desde que murió su madre cuando ella tenía dos años y todavía no era una persona en regla. Desde que apareció Leonora y el padre empezó a hablar otro idioma. Un idioma sin lengua, ininteligible para Ania. Desde que apareció Leonora y el padre fue perdiéndose en un mapa propio, que la sacó de órbita. Ania ha dejado de escuchar las palabras que brotan de la boca del padre y se ha clavado de cabeza en una nube de necesidades y urgencias. Escenas que llegan como traídas por el viento. La primera vez que la inspectora de la escuela la llamó a su oficina y la sermoneó durante varios minutos acerca de la disciplina, de la necesidad de formar seres rectos (esa palabra usó, «rectos», y Ania imaginó un ejército de niños marchando con las espaldas muy erguidas, rectos de cuerpo y de espíritu, rectos de habla, tiesos e inquebrantables como un paredón). Que fuera más estricta, le exigió la inspectora. Que controlara las escrituras de los estudiantes, que no permitiera barbaridades como las del último diario mural, que llevaba crónicas con erratas como «alcohón» en vez de halcón (o de alcohol, vaya una a saber), «murmurllar» en vez de murmurar, «barbosa» en vez de babosa, «dientista» en vez de «dentista» o «baldrar» en vez de quién sabe qué. En el escrito del niño que puso los pelos de punta a la inspectora, un animal baldraba y Ania pensó en la extraña sugerencia de ese sonido: un ladrido o un balido que taladran el aire. A ella, a decir verdad, le parecían

fabulosas las invenciones lingüísticas de los alumnos. Pensaba que las palabras tenían pliegues y estaban siempre en la frontera entre la carne y el mundo. Sin embargo los niños (la gente en general, pero los niños en particular) no le gustaban demasiado. Si soltaba la imaginación, incluso, podía llegar a verlos como figuras diabólicas. Los niños, esos niños que le tocaban como aprendices, succionaban cada milímetro de su vida. De todas formas no se le pasaba por la cabeza corregirlos ni coserles la boca: volver rectas esas lenguas sueltas, tan vivas, aún sin la espuma de la adultez. A veces pensaba que no tenía tacto para relacionarse con la gente, que era mucho más llevadero un animal o una planta que un ser humano. Ella solo tenía un gato, un atado de pelos de color naranja convertido en un pariente involuntario, y con eso le bastaba. A veces sentía que no servía para trabajar. No en una escuela al menos, no vigilando las conductas de los demás. Y estaba el otro asunto: Ania no sabía dormir. Con el paso de los años había olvidado cómo se dormía. Calmosedán, adormix, zopiclona, lo había probado todo. Andaba siempre cansada, bostezando en medio de las conversaciones. Así no se podía estar a cargo de un curso, hacer clases de nada. Tienes que cuidar tu higiene del sueño, le advertían en la escuela. Y a ella la expresión le hacía gracia. Se imaginaba pasando una esponja con jabón a sus somnolencias, escobillando sus pesadillas. Lo que Ania quería era jubilarse antes de los cuarenta años, pero eso era imposible. Tal vez su futuro era cuidar casas ajenas y convertirse en el morador de turno. Poco a poco ir transformándose en esos otros a los que sustituía. Adquirir sus hábitos, comer en sus puestos, acariciar sus mascotas, masturbarse en sus camas. Aprender sus conductas, inventarse un manual para cada caso. A Javier lo había conocido así: después de pasar una noche en su departamento, sola, a cargo de un gato convaleciente. Javier vivía a tres cuadras de distancia, en un espacio minúsculo. La había contactado por un aviso que ella dejó clavado con un chinche en la botillería del barrio. «Cuido mascotas, paseo perros, riego plantas.» La llamó, le dijo que era urgente, que viajaba esa misma noche y no tenía quien se hiciera cargo de su gato enfermo. Estaba con tratamiento de antibióticos por una infección urinaria, el gato. Le dejó las llaves con el conserje y las instrucciones de cómo darle el medicamento. Confianza absoluta, el hombre. O afecto extremo por el animal. Eso le gustó a Ania. Se despidió de su gato naranja y llegó a cuidar a un gato gris que al principio ni le dio bola. La miró como se mira a un extraño, apenas alzando la

cabeza, y acomodó su cuerpo lánguido en el sofá. Si Ania no sabía dormir en su cama, menos iba a dormir en una ajena. Lo intentó en vano. La zopiclona no hizo efecto. A las cuatro de la mañana se levantó y fue a acariciar al gato. El animal la miró desde su misma posición en el sofá y soltó un maullido deforme. No era la voz de un felino. Un baldrido, pensó, un murmurllido. A las cinco se hizo un café, a las seis se tomó una cerveza, a las siete y media molió el antibiótico, lo disolvió en agua, lo metió en una jeringa, le abrió la boca al gato y aplicó la dosis. Luego se acostó junto a él y logró quedarse dormida. A las diez y media de la mañana sintió un sonido en la cerradura de la puerta; se aterró. Sabía que era Javier, pero se aterró. Probablemente el insomnio prolongado y los restos de hipnótico en el cuerpo la tenían espirtuada. Javier la saludó como si se conocieran de toda la vida. Y tomaron café y él habló de su trabajo en una imprenta y ella habló del despido en la escuela y la precaria indemnización, de su búsqueda incierta, del mal dormir, de sus ganas de jubilarse hoy mismo, del dinero por cuidar casas, gatos, perros y plantas que no era suficiente, nunca era suficiente. Debía hacer algo, dijo. La carraspera del padre la trajo de vuelta. Repentinamente se borraron las escenas previas de su cabeza y se impuso el sonido de una voz aguardentosa. Se esfumaron Javier y esa primera conversación en su departamento, el inicio de algo. Ahí estaba ahora el padre en la cafetería de siempre, con un tercer cigarro apagado y la expresión de dime que sí, no me defraudes. Con el gesto del que pide un favor. Que Leonora está convaleciente, le escucha decir. Cree que eso ya lo ha dicho, pero no está segura. Que él debe acompañarla acá en Santiago. Que, encima, están de visita los hijos y los nietos de la mujer, que han venido del sur, sigue el padre como en un rezo. Le faltó el espíritu santo nada más, piensa Ania, aunque nunca ha visto a su padre orando ni santiguándose. Que a fin de cuentas, sigue el hombre, él es su marido, su familia. Se refiere a Leonora, naturalmente. Familiastra, quiere corregirlo ella. Normas mínimas de convivencia, hija. ¿De qué manual de comportamiento le está hablando el padre? De cualquier forma, ella sospecha que esa no es la verdadera razón. Con la muerte de Agustín, el último miembro de la tribu, se termina la historia. Se acaba Campana. Y al padre no le da el cuero para presenciar ese final. Se fueron los abuelos, los tíos abuelos, todos los parientes mayores de sesenta años: se termina la especie allá al otro lado. Queda Claudia, sí, pero la muchacha ya no vive en Campana. Y por lo demás es de la nueva rama del

árbol, tal como ella, no llega a los cuarenta años. La verdad de las cosas, piensa Ania, el padre no es capaz de ver a Agustín en esa condición porque advierte ahí, seguramente, su propio declive. Ya nos vamos extinguiendo, nena, saca un hilito de voz el hombre para hablar. Y a la hija esas cinco palabras le atraviesan el pellejo. En ese momento, sin decirlo, acepta la petición.

CLAVE UNIVERSAL: El orden o distribución de las letras en el teclado, obedece a una razón fundamental, teniendo mucho más importancia de lo que parece a primera vista. Las letras no están colocadas a capricho, sino, de tal manera, que las de uso frecuente en el lenguaje se encuentran al fácil alcance de los dedos más ágiles, mientras que las menos usuales, se hallan tanto más alejadas. Ello constituye una enorme ventaja que permite escribir con mayor rapidez y soltura. Sin embargo, al establecerse la distribución de las letras en la clave universal, se atendió especialmente al idioma inglés; ello explica que porque letras como la A, E, C, D, S, que se usan frecuentemente en castellano, se encuentran a la izquierda, mientras que otras mucho menos usuales como la Ñ, K, J, H, están a la derecha.

Su padre le ha pedido dos cosas esa mañana: que lo sustituya al otro lado de la montaña y que lo visite esa noche, en el festejo de su cumpleaños. Sabe que ella y Leonora no se pueden ver, por eso lo pide de esa forma. Por favor, Ani, por favor. Cada vez que quiere tenerla de su lado la llama Ani, como si emitiera una clave privada. Es tan obvio a veces su padre. Ya voy a ser un viejo octogenario, ha insistido, como si no bastara con la estrategia del diminutivo. El padre y Javier tampoco se pueden ver, de manera que esa es la carta que juega Ania esa noche: ¡Toma, papi! Hasta la aparición de Javier en su vida, a ella le parecían tan aburridos los galanteos de pájaro en celo y luego las visitas y esa forma de volverse un poco hijos que adoptaban los hombres con los que había salido que prefería estar sola. Mil veces un gato que un novio, que un hijo. Javier tiene veinticinco años más que ella. Cuando se lo contó al padre, el hombre le dijo ah, o sea que en vez de un marido estás buscando a un abuelito. Ella no andaba buscando a nadie, qué se creía. A lo más lo estaba buscando a él, pero eso no lo iba a admitir. Entonces, en vez de insultarlo, le dijo que bah, que apenas aparentaba cincuenta años, que era muy juvenil. ¿Cincuenta en cada pierna?, bromeó el hombre. Ni siquiera le preguntó cómo se llamaba. Ania lo imaginó esa noche con Leonora, comentando las últimas novedades de su hija. Con un tipo que podría ser su padre, diría el padre, con un viejo sesentón, ¿te das cuenta? Pobre, murmuraría Leonora. Como si Ania pudiera escuchar en la distancia su falso lamento. ¿Pobre quién? ¿Pobre Ani, pobre el novio entrado en años que tendría que aguantar comentarios como los de esta gente? Pobre la conchadetumadre, se vio diciendo en voz alta. Y tal vez por eso, por orgullo, aguantó tanto y al final se fue encariñando o acostumbrando o abriendo nada más y aquí está ahora con Javier, el hombre que podría ser su padre pero es su novio, en la entrada del edificio donde vive el hombre que es su padre.

A las nueve en punto marcar el citófono, anunciarse con el conserje, soy la hija de mi padre (no mencionar a Javier), tomar el ascensor, tocar la puerta con tres golpes suaves. Ver de reojo la cara que ponen al verlos llegar juntos.

Saludar a Leonora, preguntar por cortesía cómo sigue su salud. No escuchar la respuesta. Buscar alianzas con el perro, allá en una esquina, una bola de pelos blancuzca en su camita hecha de mantas. Una miniatura, casi un ratón este animal que ha sacado a pasear cinco veces en las últimas dos semanas. Un perro que la ayuda a pagar el arriendo. Acariciarle el lomo solo para hacer algo con las manos, tocar su nariz húmeda y dejarse lengüetear las manos. Cederlo a algún nieto de aspecto diabólico que interrumpa la calma e intente ganarse el afecto del bicho. Replegarse junto a Javier, remoto habitante de otra dimensión. Traspasar la nube de humo y besar a su padre antes de que encienda el milésimo cigarro del día. Entregarle el regalo, el pañuelo de seda rojo que él mismo le ha pedido. Sacar un puñado de uvas de una fuente ubicada sobre la mesa, ofrecérselas a Javier. Llevarse tres uvas a la boca y casi no masticarlas. Pensar en el parrón de Campana, en su padre y ella cortando racimos para los viajes de vuelta a Chile. Ahora decir que va al baño, entrar al escritorio del padre. Mirar las repisas y los muros, llenos de fotografías familiares. Buscarse y no aparecer en ninguna. Hijastros, parientastros: las paredes habitadas por una genealogía ajena. Una descendencia de ojos cenicientos y narices redondeadas, nada que ver con ella. No verse ahí, no existir. Dar vuelta la vista y encontrar la *Gran Enciclopedia del Mundo*. Esos tomos verdes y opacos como el pasado, que a veces metían en la citroneta para que Ania se entretuviera durante el viaje. Tomo 18, página 196: *tilonorrinco*. Una fotografía en blanco y negro de un pájaro pequeño, barrigudo, parecido a un gorrión, haciendo un nido. Un pájaro que, dicen las páginas del libro, es famoso por el galanteo de los machos con las hembras. Conquistaban a sus elegidas con la hechura de nidos: decoran el espacio con montoncitos de hojas y capullos que mantienen siempre frescos. Los pájaros abren las alas y ofrecen el brillo de sus plumas con el pecho en alto. Así empieza todo, dice la enciclopedia. Mirar las imágenes de los nidos, instalaciones de arte más que simples madrigueras. Recordar por contraste los nidos que descubrían con Claudia en el naranjo de la calle 9 de Julio. Las primas trepaban el árbol, se deslizaban como un par de monas por las ramas y daban con los bultitos de paja. Ni una sofisticación esos pájaros campanenses. A veces había uno o dos huevos. Sabían que no debían tocarlos, de manera que solo los miraban y desandaban el camino: rama, tronco, tierra. Su padre siempre explicaba que los pájaros eran tipos solitarios, que no había que molestarlos. Una vez, sin embargo, Ania tomó

uno de los huevitos y crac, se le reventó en la mano. Estaba sola, su prima a esa hora tenía clases. No se lo contó a nadie. Las manos pegajosas, crac, la pájara rondando. No sabía qué hacer. Ya salió la catrasca otra vez, le iban a decir. Lo sabía. Cagada tras cagada, siempre tan torpe ella. La vista se le nubló: con su torpeza había alterado el instinto de la pájara. Apaguen las luces, escucha que dice alguien desde el living. Tomar un lápiz del escritorio y trazar un círculo sobre la imagen del tilonorrinco. Tener ganas de arrancar la página, pero de pronto notar que las voces bajan de volumen, crac. Cerrar la enciclopedia, guardarla nuevamente en la estantería y dejar de revolver los pensamientos. Ahora viene la torta y Ania entra directo al escenario donde su padre, en penumbras, es el protagonista. El pecho en alto, las alas desplegadas. Ania va directo hacia Javier, que la espera en una esquina, como si la estuviera reemplazando en ese lugar periférico. Los hijos y los nietos de Leonora parecen los espectadores de una gala presidencial. Hasta el perro se ha puesto de pie. Todos apostados en sus sitios, con las manos listas para el aplauso. Las luces apagadas, las velas encendidas. El soplo: un, dos, tres, setenta y tres.

Al otro día emplumar: cruzar la montaña, reemplazar al padre.

## MANUAL DEL INMIGRANTE ITALIANO (1913)

### *Del «paese» al puerto de embarque:*

En las horas previas al embarque no le aconsejo quedarse encerrado y asustado en el hotel. Pero le recomiendo no comportarse como un viajante arrastrando bolsos y llamando la atención de los *cavalieri d'industria* que abundan especialmente en las ciudades marítimas. Sea cauto, evite caer en brazos de algún tramposo, pero no deje de dar una vuelta por la ciudad. Será un bello recuerdo de impresiones que llevará con usted en el momento de dejar la patria. Vuelva al hotel al caer la noche para descansar del viaje y prepararse para embarcar al día siguiente.

Los viajes de antes eran por tierra, palmo a palmo con la cordillera. Incluso al principio la mole no se dejaba atravesar, recuerda Ania. Las máquinas aún no habían perforado la garganta de la montaña y había que recorrerla con paciencia en sus alturas. Recuerda que serpenteaban el camino en la citroneta, subían hasta la cumbre, se detenían unos minutos a observar el paisaje desvanecido que habían dejado atrás y comenzaban el descenso desde el Cristo Redentor hacia el otro lado de la cordillera. Ella y su padre, solos, sin interrupciones. Con la sensación compartida, pero nunca revelada en palabras, de estar siendo succionados por una corriente imperceptible. Después la llanura, los remolinos de viento, los rieles del tren que atravesaba la pampa a lo lejos. Pero nunca el tren, solo los rieles abandonados y las barreras a medio levantar, como si las locomotoras fueran amenazas latentes más que una evidencia. Un sonido como de flauta transversa desafinada crujía de fondo. Cada tres o cuatro horas paraban a estirar las piernas (ambos), a fumar (el padre) o a orinar detrás de algún arbusto (ella). Ania se moría de vergüenza cuando pasaba un camión y les tocaba la bocina. Me vieron el poto, le gritaba al padre. Nunca más vas a ver a esa gente, qué importa. ¿Y si los encontramos después, en la bomba de bencina? No te van a reconocer... Todos los culos son iguales, decía el padre. Y a ella «culo» le sonaba más rudo que «poto», esa *u* curtía la palabra, le daba una magnitud extraña. Y en la siguiente bomba de bencina ella se tapaba la cabeza con un sombrero grande, de bambú, que andaba siempre suelto en la citroneta, para que no la reconocieran. Y cuando comprobaba que el camionero del bocinazo no estaba, salía de la citroneta y se acercaba a los autos estacionados más allá. Mientras el padre echaba bencina y hacía trámites, Ania se encuclillaba frente a las rejillas delanteras de los vehículos para rescatar a los insectos aprisionados. Las más afectadas siempre eran las mariposas. A Ania le parecía que eran pájaros en miniatura, pájaros sin canto ni plumas. Ponía un pañuelo en la tierra y las iba acomodando una junto a otra, con extremo cuidado. Había que socorrerlas y echarlas a volar antes de que olvidaran

cómo hacerlo. La cifra era desalentadora: apenas una o dos de cada diez se salvaban. El padre le había enseñado que no debía rasparles las alas, que por nada del mundo se le fuera a quedar pegado el polvito de las mariposas en los dedos. Que si les sacaba esa capa protectora, ese *polvo cósmico*, decía, les arrebatara la vida. Y ella, cirujana de sus pájaros sin canto, se esforzaba en enderezarles las patitas, en reponer las antenas chamuscadas para que recuperaran el vuelo. Después llegaba el padre y observaba el improvisado hospital: las pacientes a punto de pasar la prueba y las que ya no la pasarían. Encendía un cigarro y fumaba, lejos de la zona prohibida, mientras Ania terminaba de atender a las últimas víctimas. Luego volvían a emplumar (ellos: el padre y la hija) y miraban hacia arriba y se daban cuenta de que las nubes, pegajosas y grisáceas, perdían forma para mutar en una mancha de color ceniza.

Nubes a punto de estallar, frenadas al vuelo por un hilo de sol.

El cielo: una tela flotante e inestable.

Agustín mira cómo la chilena deja en el suelo las novelas que le ha dado recién y cómo se encarama ahora sobre un cajón para pellizcar las uvas de un racimo que casi explota de maduro. Dice que no le gustan las cáscaras tan gruesas de las uvas; que le dan «nervio», dice. Que en Chile son más delgaditas, que ni se sienten. Se lleva la uva a la boca y succiona su jugo. Bota la cáscara al suelo, justo al lado de los libros, a escasos centímetros de los pies de Agustín. Él está sentado en un pisito de madera verde, fumando, en el patio común de las casas pareadas. No sabe si la niña habla sola o se dirige a él. A lo mejor en Chile las muchachitas juegan a esas cosas. Agustín se pregunta si tendrá algo parecido a un novio allá lejos. Pero es una niña, Tinito, por favor. No puede imaginarla besando a alguien, es su sobrina, es la hija de su primo. Agustín nunca ha besado a una mujer. Bueno, a su madre, pero eso no cuenta. Una vez Gariglio intentó enseñarle los movimientos de la lengua con su propia boca. Le indicó que abriera los labios moderadamente, no con la gestualidad del grito sino del asombro, y que cerrara los ojos. Agustín sintió la punta húmeda de algo que se le antojó vivo y peligroso. Y entonces mordió. Pero Gariglio mordió de vuelta, y con los ojos abiertos y las lenguas ensangrentadas estuvieron varios segundos tanteándose los paladares, los pliegues de las encías, los dientes. Gariglio le había llevado un cargamento de libros de terror por si a la niña le interesaba alguno cuando viniera en el verano. Faltaban un par de meses todavía, pero Agustín quería elegir con tiempo. Cuando estaba con Gariglio le parecía que el resto del mundo desaparecía. La figura de su padre afuera, sentado en un banquito, escuchando un partido por la radio, se esfumaba. También la de su madre, echada en la cama, cubierta por la penumbra. Ni los abuelos de la niña ni la niña misma en la casa del lado (si es que estaba de visita) sobrevivían en su imaginación. Esa vez, cuando Gariglio intentó enseñarle los movimientos de la lengua, hubo un silencio tan rotundo que los obligó a escuchar sus respiraciones agitadas. Si hubieran prestado más atención podrían haber captado incluso el sonido exacto del aire entrando en sus pulmones y saliendo

por sus bocas aún abiertas. El amigo encendió un cigarrillo que fumaron a medias. Las marcas de sangre quedaron estampadas en el filtro, como los restos del *rouge* que usaba Nélida cuando salía a la calle. No sabés hacer nada, le dijo Gariglio. No sonó, sin embargo, como un reproche sino más bien como una constatación amarga. El estribillo de un vals tan antiguo como la amistad. Ahora Agustín mira a la niña de reajo, no quiere que se dé cuenta de que la observa. No quiere que se vaya. En una hora más oscurece y él vuelve a su covacha y la chilenuita se va con sus abuelos a jugar una partida de escoba o a seguir con la lectura de *Pánico en el paraíso*, *Los niños diabólicos* o *La herencia maldita*, si es que verdaderamente lee las novelitas que él le presta. En las mañanas la niña suele estar en la casa. Todavía es diciembre y la prima Claudia asiste a la escuela. La chilenuita a veces la va a buscar y luego pasan la tarde juntas en la casa de los abuelos. Pero eso es a veces. La mayor parte del tiempo, en realidad, la niña está sola o encerrada con Nélida en su cuarto oscuro. Debería hablar más con ella, se dice Agustín. Aprovechar los libros para acercarse y que le cuente cómo es al otro lado. Que lo lleve a su país, quiere pedirle, pero nunca se va a atrever a tanto. Al padre de la niña debería decírselo, pero qué vergüenza. Si sus padres se enteraran de que piensa abandonarlos, no se lo perdonarían más. Toda la vida encerrados por ti, toda la vida protegiéndote del mundo y resulta que te arrojas así como así a las tierras desconocidas, a los cielos extranjeros, y nos dejas botados. Sos una porquería de hijo. ¿Y qué importa si no lo perdonaran? Importa, Tinito, importa. Podría escribir una carta de despedida a su madre; tomar la máquina que ella misma le regaló para decirle que basta, Nélida, que se rompió el cristal, que ya no soy más la figurita de porcelana. Hijos, maleza, relámpago. Que yo mismo estoy roto, Nélida, pero que ninguna fuerza exterior me dio alcance. Que me rompí solo y ahora los dejo. Sabe que eso sería una bomba de racimo. Otra bomba más en la cabeza extraviada de Nélida. Un palo en la nuca. No puede. Sí puede, ¿cómo no vas a poder cruzar esa puerta, atravesar la ciudad, caminar o correr o volar y dejar atrás esta celda? Si pudo hacerlo tu madre, de un lado a otro del océano, a sus veintipocos años. Si pudo hacerlo tu primo, el padre de la chilenuita, que abandonó a sus padres, a su parentela, a su tierra, y se fue para siempre al otro lado de la montaña. Pero él no, él es solo el hijo de Nélida y Aroldo. Él no tiene carácter ni dinero ni facultades. Apenas tiene una máquina de escribir que no domina del todo, una radio para escuchar las radionovelas, los

tangos o la música gringa que logra sintonizar y una montaña de pensamientos que lo sacuden cada día. A la chilenita, en cambio, todavía puede salvarla. O ella puede salvarlo a él. Ayudarlo a salir, aunque no se mueva de este pisito en el patio compartido. Ella también es hija, ella sabe. Que no se acabe el verano, por favor, que no se lleven a la niña.

EJERCICIO N° 31

bravo  
bravvo bravo bravo bravo bravo bbravo bravo bravo bravo bravo  
bravo bravo bravo bravo bravo bravo bravo bravo bravo bravo  
bravo btravo bravo bravo bravo vbravo bravo bravo bravo bravo  
bravo bravo bravo bravpo bravo bravo bravo bravo bravo

hijos hijoss hijos hijos hijod hijos hijos ijos hijos hijos  
hijos hijos. hijos hijos hijos hijos hijos Hijos hijos hijos  
hijos hijos hijoa hijos hijos hijos hijos hijos hijos hijos  
hijos hijos hijos hijos hijos hijos hijos hijos hijos hijos  
hijos hijosd hijos hijos hijos hijos hijos hijos hijos hijos  
hijos hijos hijos hijos hijos hijos hijos hijos hijos hijos  
hijos hijox hijos hijos

cavar cavar cavar cavar caavar cavar cavar cavar cavar cavar  
cavar cavar cavar cavar cavar cavar cavar cavar cavar cavar  
cavar cavar cavarr cavar cavar cavar cavar cavar cabar cavar  
cavar cavar cavar cavar cavar cavarm cavar cavar cavar cavar  
cavarcavar cavar cavar cavar cavar cavar cavar cavar cavar  
cavar cavar cavar cavar cavar

maleza malexa maleza malexza maleza maleza  
maleza maleza maleza maleza maleza maleza maleza maleza  
maleza maleza malzamaeza maaleza maleza maleza maleza  
maleza maleza maleza maleza malexza maleza maleza  
maleza maleza maleza maleza maleza smaleza  
maleza mnaleza maleza maleza maleza maleza

Campana campana Campana Campaña Campana Campana Campana campana  
Campana Campana Ccampana campana Campana Campana Campana Campana  
Campana Campana Campana Campaña campana camPana Campana Campana  
Campana Cxmpana Campana Campana Campana Campana Campana Campana  
Campana Campana Campana

Del aeropuerto de la capital al centro. Del centro a un bus local que la interna en la provincia. Su vida cabe en una maleta, ahí está todo lo que necesita. Cuando baja del Expreso Paraná, ya en Campana, tiene la sensación de que ingresa a un lugar desconocido. Tantas veces pasó su infancia en este pueblo, cuando su padre la depositaba en la casa de los abuelos y regresaba a Chile o se iba quién sabe adónde, solo, y recién venía por ella un par de meses más tarde. Y ahora nada de esto le parece conocido. La gente, las voces de la gente, las calles con la gente a medio iluminar, el viento despeinando las copas de los árboles, el olor a plástico quemado que brota de las chimeneas de la fábrica y se mezcla con los soplos del Paraná, a unas cuadras de la estación de trenes. No pisaba Campana desde la muerte de Nélide, la madre de Agustín. Cuántos años atrás, no lo recuerda. Una eternidad, ayer. Va derecho al hospital público, el mismo recinto en el que le cosieron alguna vez la cabeza. Agustín está en una camilla, con los ojos cerrados y la boca abierta. Lleva puesta una bata de enfermo, de esas color verde agua. Es una pieza de paredes pálidas como el semblante de los pacientes. Una iluminación muy tenue, de ampolleta de veinticinco watts, motitas de algodón por todas partes, una silla, un ventilador de techo que apenas ventila. En un rincón, la brasa encendida de una espiral matamosquitos y su olor penetrante. Y en el muro, justo frente a la cama, un televisor de pocas pulgadas con un candado y un cartel que anuncia el precio por usarlo. Diecisiete pesos la hora. Ania no tiene idea de a cuánto está el cambio de la moneda nacional. ¿Será caro, será barato? ¿Siempre cobran por usar el televisor en los hospitales públicos? Igual, nadie quiere ver tele. Por el vidrio se cuele el reflejo de otro televisor en la pieza aladaña. Si afina el oído percibe un ruido tenue, apenas un zumbido de lo que debe ser la voz de algún reportero. Le parece distinguir en la pantalla dos o tres cuerpos en la orilla del mar. Los últimos naufragos del Mediterráneo, supone. Saca la vista de la ventana y observa de reojo a Agustín. Una figura esquelética y a la vez hinchada, con la piel semejante a una bolsa de agua. Los pómulos marcados

como un dibujo mal hecho. Ania piensa que ese ya no es el primo de su padre. No tiene nada que ver tampoco con la imagen del cuerpo inanimado de Nélida. Lo que ve ahora no es exactamente una persona: una mudanza, una evaporación, otra cosa ve ahora. Sin embargo, no puede sacarse la imagen de Nélida de encima. La tía abuela se impone sin su voluntad y no sale de ahí, aunque frente a sus ojos circulen otras visiones.

A un costado de la cama está Claudia, que ha venido de la capital a despedir al tío moribundo. Por la ventana se cuelan los chirridos regulares de las cigarras. La prima la saluda en voz baja, como si los ruidos externos dieran lo mismo pero las palabras dentro de la habitación pudieran penetrar el coma terminal del hombre que muere junto a ellas. ¿Querés un mate?, le ofrece Claudia. Ania acepta. Antes, cuando eran nietas, odiaban el mate. Ahora ¿qué son? Demasiado amargo para su gusto, pero no dice nada. Hay una culpa extraña que se le instala. Como si ella tuviera alguna responsabilidad en la extinción de la familia. La prima quiere tener hijos, perpetuar la prole, criar, dejar una huella. Ve cómo corre el reloj y se lamenta: se me está yendo el tren, primi. Ania, en cambio, no quiere reproducirse en nadie, salvar a nadie. A lo más rescatar una mariposa herida de algún parabrisas. Las primas hablan de sus años de nietas en ejercicio, de los juegos en el patio compartido, de las vacaciones interminables a este lado de la pampa, de las trepadas al naranjo, de esa vez que la fue a buscar a la escuela, ¿cuál vez? Del palo en la cabeza. Mira, todavía se ven los puntos. Ania separa sus mechas en dos, a la altura de la cicatriz, para que la prima observe. No me acuerdo, Ania. Mira, mira... ¿Cómo no te vas a acordar? De este mismo hospital, entrando de urgencia. De Agustín, hablan, de Nélida, de los que ya se fueron. De Nélida internada acá mismo, después de tragarse un frasco de pastillas. De Nélida hablando de su sobrino de nueve años, muerto frente a ella, al explotar una granada que alguien olvidó desactivar después de la guerra. Por un momento Ania cree que la prima se ha metido en su cráneo y ha encontrado el cadáver ya descompuesto de la mujer. O que la misma tía abuela está con ellas y ahora las va a sermonear desde su rincón atemporal. Es posible que se trague otro frasco de pastillas y vuelva a dormir, a morir, delante de ellas, junto a su hijo Agustín. Que cambie su muerte sin cordura por otra perfectamente lúcida y consciente de estar dejando este mundo para regresar, al menos como una sombra, al lugar del que nunca debió salir. Para

volver a abrazar a su padre, bajo la tierra de las colinas piemontesas. Puede que olvide a qué vino y, en vez de gastar el tiempo en reencuentros, Nélide haga explotar una granada a los pies de las primas. O que prenda fuego a las casas pareadas. Ania piensa que sus pensamientos no son enteramente suyos, que esa historia de terror que está brotando de improviso no le pertenece. Ahora se le vienen a la cabeza los niños de la escuela, allá en Santiago. Los niños a salvo, lejos. Esos que la llamaban señorita y la seguían a todos lados, como pichones sin alas, sin norte. Luego se esfuman los críos y Ania vuelve a esta pieza de hospital. A Nélide en el recuerdo de Claudia en voz alta. De la pierna izquierda de la mujer, habla la prima ahora. La pierna llena de esquirlas por la explosión de la granada, ¿te acordás? Ania imagina que el sobrino de Nélide es uno de sus alumnos, que agoniza en sus brazos. La bomba ha explotado en la escuela y ella, Ania, no ha sido capaz de salvarlo. El tobillo de Ania se desangra y ella piensa que ese líquido rosado, casi transparente, puede resucitar al niño. Le moja la piel con su sangre: la sangre de la señorita en el cuerpo del niño que ahora es un pájaro que abre los ojos e intenta volar. Pero no puede, otra vez no tiene alas. Claudia sigue hablando. No se da cuenta de que Ania va y viene en la conversación, en la imaginación. La prima se detiene en el parecido de Nélide con Silvana Mangano, la estrella favorita de las películas que llegaban a Campana en los años cincuenta. ¿Te acordás?, vuelve a preguntar Claudia. ¿Cómo me voy a acordar si todavía no nacía? Ya sé, dice la prima, pero ¿te acordás que todos decían que era igualita? Decían tantas cosas de Nélide entonces. Que su cabeza perdida, decían, que su desgracia. Claudia recuerda que una vez la vio en el patio compartido, gritando que era un perro y tironeándose la ropa hasta romperla. Un perro, dice Claudia que decía Nélide, no una perra. Eso le llamó la atención. ¿Por qué un perro y no una perra? Y con las manos se rasguñaba la piel hasta hacerse heridas, una escena feísima, primi. Ania recuerda clarito las manos de Nélide. Sus cinco dedos de la mano derecha unidos por las yemas, como haciendo un cuenco con la palma hacia arriba, y el leve movimiento de la mano en un vaivén que era también un gesto de interrogación, un gesto de no entender a estos otros que eran su familia, su sangre, pero también su quebranto. ¿Qué macana es esta? ¿Por qué carajo me mandaron a esta orilla? Eso debía decir con el gesto de su mano la madre de Agustín. De su español a la italiana hablan ahora las primas. De la *guerra*, la *lingua*, los *zios*. De su mirada un poco estrábica. Ania no recuerda el

momento exacto en que la mujer que había sido arrancada de su tierra empezó a extraviarse en sus imágenes de la *guerra*. Entonces ella no captaba bien los límites de la cordura. Pero sí recuerda que los pensamientos de Nélide revivían solos, sin que nadie los llamara, el conflicto en Europa desde una Argentina trasquilada que ella desconocía. La mujer ya no salía de su rincón, esa caverna oscura que era su mente y también su pieza de la calle 9 de Julio y que estaba pegada a la casa de los abuelos de Ania y Claudia. Dos viviendas unidas por un patio interior con un parrón de uvas negras, de cáscara gruesa como la misma memoria, gelatinosas por dentro. Ania almorzaba en una casa y pasaba la tarde en la otra. Huía de la siesta que organizaban sus abuelos en una colchoneta al lado de la cama matrimonial, todos bajo el ventilador con aspas de madera que colgaba del techo. El sonido de un armatoste que fabricaba viento, que en cualquier minuto se podía desprender del techo y cortarles la cabeza con sus picotas, como ocurría con las mariposas mutiladas por los autos en la ruta. Ania escapaba de la tortura de la siesta para refugiarse en la casa de la tía abuela, que casi no se movía de su pieza oscura. Le cebaba el mate, le llevaba galletitas que robaba de la despensa de los abuelos y se sentaba a escucharla. Chile y Argentina estaban a punto de irse a la guerra, los argentinos ganaban el Mundial de Fútbol, los viejos festejaban, en Campana había centros clandestinos de detención y dicen también que una «cárcel del pueblo» donde la guerrilla hacía su propia justicia, y Nélide hablaba de una guerra al otro lado del charco, al otro lado de la memoria. De eso hablan también las primas ahora. De lo que significa vivir separados por una montaña, por un océano. De los padres que se extinguen. De tu madre, de mi madre, que no nombramos porque hace demasiado tiempo que se fueron. De Leonora, ¿quién es Leonora? Ah, sí, sí, la mujer de tu padre. Ah, sí, sí, la sureña que no lo deja viajar. No es exactamente eso, aclara la chilena. Pero si vos misma lo decís, responde la argentina. ¿Por qué estás acá, si no? Ania va a decir que no es solo por eso, que vino porque necesitaba respirar. Pero el diálogo queda hasta ahí porque en ese instante Agustín echa a andar en sus pulmones el motor de una máquina mal calibrada. Las primas piensan que ahora sí, que ahora se les va, y se cuadran en sus puestos. Pero pasan cinco, diez, veinte minutos y los respiros agónicos siguen acompañándolas. Respiros minúsculos, pero reales. No se apagan nunca las turbinas del hombre.

MAYUSCULAS: En la parte inferior del teclado a ambos extremos del mismo y una a cada lado se encuentran las teclas destinadas para la escritura con letras mayusculas. El procediniento es simple: bajando una de ellas y manteniendola en esa posición, se pulsa la letra que se desea imprimir. Al dejarla nuevamente en libertad la escritura vuelve a las minúsculas.

Debió haberlo hecho tantos años antes, piensa Agustín. Cuando encontró a su madre tirada en la cama, con la saliva colgando de la boca, la mirada perdida y el frasco vacío en la mesita de luz. Cuando Aroldo estaba entregando levadura a unos clientes fuera de Campana. Cuando no había nadie en la casa y tuvo que llamar a una ambulancia y ayudar a subirla y ver cómo se la llevaban y recoger un par de naranjas del suelo por inercia, solo para hacer algo que lo distrajera, y encerrarse en la pieza a teclear por teclear, como si las teclas de la máquina fueran balas que pudieran perforar su pecho. Tomar el manual de los inmigrantes o algún otro documento del baúl de su madre y teclear. Golpear algo con los dedos, dejar una huella, letras como proyectiles. Copiar fragmentos del examen de dactilografía o palabras sueltas, de última. Viajantes, saña, bravo, cavar. Y la llegada de Aroldo y qué le pasó a Nélide, qué le hiciste a tu madre, y la hospitalización y la prohibición de visitas y los días solo con su padre, la casa sin ventilar, las persianas cerradas, la radio hablando para nadie, la cocina un desierto, la bombilla del mate como única vía de contacto, dos fantasmas sin tener a quién penar, espectros del presente que ni siquiera guardan un pasado del que enorgullecerse o un futuro que venir a anunciar, y al fin visitarla en su calidad de aparecidos y comprobar que la mente de la mujer se ha llenado de pelusas y se la comen; son pelusas vivas y hambrientas que trituran su cabeza, la ensimisman, y el mundo de allá afuera al final resulta muchísimo menos peligroso, Tinito, que estos pensamientos ya sin frenos de su madre. El médico recomendó que la dejaran viajar a Italia, a ver a sus padres. Que eso podía sanarla, agregó con una expresión dudosa. Aroldo se resistía, no fuera a ser cosa que sus orígenes se la tragaran y ya no pudieran recuperarla. Pero terminó cediendo. Vendieron muebles, pidieron dinero a la familia, se endeudaron con todo el mundo hasta que reunieron un monto suficiente para el pasaje en avión. Agustín notó que, antes de la partida, su madre recuperaba el entusiasmo: se cosió unos trajecitos nuevos, mandó a reparar los anteojos, volvió a centrar la vista incluso. Y luego envió postales desde Italia,

fotografías con sus padres, con su hermana, con su cuñado, con sus sobrinos vivos (ni una mención al sobrino muerto frente a ella, tantos años atrás). Debió haberle escrito de vuelta, piensa Agustín, haberla obligado a quedarse allá. Como único hijo te obligo, te ordeno, te suplico que no vuelvas a esta tierra que no es tuya. Dejarla en libertad, eso debió haber hecho. Una imagen en blanco y negro que no se le borra: su madre con una guitarra, sonriendo como si la fueran a coronar al día siguiente. Detrás de la foto, un mensaje escrito con su caligrafía redonda, perfecta: «Esta es tu mamá con el pelo corto y la guitarra. Escuché ya muchos discos de Elvis Presley.» Sonreía más de la cuenta, piensa Agustín, exageraba una felicidad nueva. Como si no existiera el rencor. Como si de golpe hubiera decidido nacer de nuevo y no reprochar ningún proceder; convertirse en la persona que siempre debió haber sido. No venirse a América, no casarse, no tenerlo a él, a Agustín. Esa imagen se le ha clavado como una estaca en el pecho. Tampoco se borra la impresión que tuvo cuando la vio regresar. Venía distinta: ahora era una mujer que había visto a su padre. Pero fue una especie de paréntesis en su mente ya maltrecha. A los pocos meses, volvió a perderse y a hundirse cada vez con mayor profundidad en un mundo al que solo ella tenía acceso. Su madre ya no era su madre y nadie podía traerla de vuelta. Alguien se la había llevado, supo entonces Agustín. Y pensó que él tenía alguna responsabilidad. Su padre quizás no estaba tan equivocado: ¿qué le había hecho? ¿Qué carajo le había hecho a Nélide desde que había nacido? Tal vez si no la hubiera entregado a los médicos aquella mañana, sino al capitán de un barco que la sacara de Campana por vía fluvial para siempre. Tal vez si hubiera organizado una fuga a escondidas. Pero cómo iba a hacerlo, si ni siquiera sabía manejar una moto. Podría habérsela llevado en la bicicleta de Gariglio: un hijo que huye pedaleando, con su madre a cuestas. Pero a lo mejor no era él quien había malogrado su cabeza, sino el padre y la madre de Nélide tantos años atrás. Haberla mandado a la fuerza a estas tierras cuando apenas pasaba los veinte años, haberla obligado prácticamente a casarse con Aroldo, su primo en segundo grado, el único soltero de la familia. Un hombre joven, no muy guapo, decían, pero joven y dispuesto a casarse con la muchachita que llevaba su sangre. Haber querido salvarla y, en cambio, haberla condenado. Agustín ahora necesita hablar de eso con alguien, pero con quién. Que alguien le explique el origen de la desgracia.





Aquí yo con mi  
papa, Riccardo y  
Patrizia -

42



Yo, mi cuñado y  
Patrizia y Riccardo  
en el patio de  
San Raffaele -

Estoy con delante al  
después de haber  
lavado los platos -



Yo y mi hermanas  
en una foileta de  
natacion... Mi  
cuñada estaba en  
el agua y saje la foto.  
Te gusta?

Cicu







Les dicen *cuerpos*. De un minuto a otro dejan de ser personas y pasan a ser *cuerpos*.

Mirar sus pupilas, dudar, posar la mano en un corazón que ya no late, confirmarlo. Llamar a los enfermeros, a los guardias de turno, al recepcionista. Decirles que ya está. Mirar por última vez el cuerpo de Agustín, dejar que se lo lleven. Firmar documentos.

Apenas pase el entierro y los trámites urgentes, Claudia vuelve a la capital con su trabajo y su vida de siempre. Solo ha venido a acompañar a Agustín en la agonía. Ha preferido alojarse en un hotel del centro en vez de quedarse en la casa de 9 de Julio. Por comodidad, ha dicho. Así puede tener una ducha y una cama cerca del hospital. Pero Ania sabe que no es solo la comodidad lo que la mueve. O sí, pero no de la forma en que la prima lo plantea. Las casas ahora están deshabitadas, comidas por la humedad. Moradas huachas, ya sin cuerpos que las aviven. El último habitante fue Agustín, que siguió los pasos de su madre y se internó en la misma madriguera. El patio que unía las dos casas fue poblándose de una vegetación salvaje. El suelo, un nido de hojas y uvas reventadas. Hay que hacer algo. Ania se ofrece para quedarse unos días, ordenar lo que sea necesario y luego empezar los trámites de venta o demolición. Nadie sabe bien qué hacer con estos esqueletos de cemento. Aunque decir «nadie» en este minuto es decir las nietas: las herederas involuntarias. El padre de Ania no va a meterse en estas cosas. Leonora está ahí, a su lado, para vigilar que así sea. Por él (o por ella), que donen el terreno a alguna fundación o a los vecinos o, en cualquier caso, a alguien que quiera vivir en ese pueblo ya a medio oxidar. A sus setenta y tres años el padre necesita aflojar la marcha, dice él (o ella), pensar en otras cosas, atender a su esposa, al perro, dejarse de tonteras. Una complicación al final las propiedades que dejó la parentela, más que una herencia.

Ania no se atreve a entrar a la casa de Agustín y Nélide, le dan miedo las arañas, los bichos que ya deben haber establecido allí su reino. O los fantasmas. Prefiere alojarse en la casa de los abuelos e ir tanteando el terreno de a poco. Pero donde antes hubo una casa pareada ahora solo resisten un altillo y un par de piezas habitables, si es que puede considerarse *habitable* un espacio con suelo de baldosas, techo carcomido por la humedad y ventanas sin cortinas. En una mesita solitaria hay un teléfono negro que parece de juguete. Ania levanta el tubo y se asombra al escuchar que el aparato tiene tono, funciona. En el muro opuesto al teléfono hay una hilera de

retratos familiares. El que más resalta es uno de Nélide: la mujer aparece de cuerpo entero en un muelle. Igualita a Silvana Mangano, corrobora. Lleva un vestido azul hasta la rodilla, un tapado de cuero de color marfil y una gorra con velo que le cubre la cara. No se sabe si se despide o saluda por primera vez a esta gente que la observa, si está por embarcarse o acaba de llegar a esta tierra. En otras fotos están sus abuelos, sus bisabuelos, sus tíos abuelos, Agustín. Algunas ya desvanecidas por la nebulosa del tiempo. Ania se busca y no se encuentra, todavía no existe. Ya no existió, corrige para sí misma, nunca va a ocupar ese espacio. Todos muertos, los retratados. Todos, menos el niño peinado con un jopo algo ridículo, sentado junto a un perro de peluche, que sonrío prematuramente en una de las fotografías y que mucho más tarde será su padre. Ania saca el retrato y lo pone boca abajo en la mesa del teléfono. Fija la vista en el patio y encuentra escombros y los restos de un parrón y el polvo y las uvas gelatinosas en el suelo y las cigarras cantando para nadie. Vuelve la mirada al interior de la casa y allá al fondo divisa la escalera del altillo donde se escondía a leer las novelas que le prestaba Agustín, que interrumpía sus cosas para venir a la casa de los abuelos y comentar con ella las historias de asesinos y vampiros. Arriba, supone, seguirán vivas las telas de araña gruesas como lana, de qué porte tendrían las patas esas bestias para tejer semejantes paños de telas, se pregunta ahora que busca un lugar adecuado para dejar su maleta. Abre un armario y en un rincón, como escondida, la ve: la máquina de escribir de Agustín, la que heredó de su madre. Ania la saca y la pone sobre la mesa. Está llena de polvo, pero intacta. No se atreve a teclear. Se le ocurre que si lo hace podría provocar un derrumbe.

Finalmente acomoda sus bultos en una de las piezas, la que ocupaba su padre cuando niño. Sobre una repisa huérfana, entre adornos de porcelana y recibos de la electricidad y el agua, se asoman dos libros que reconoce enseguida. Un par de tomos de la *Gran Enciclopedia del Mundo*, que seguramente quedaron ahí después de algún viaje con el padre. Supone que los olvidaron o que decidieron dejarlos en Campana porque eran muy pesados y la citroneta ya tenía sobrepeso. Vaya una a saber. Adentro del cajón del velador aparecen lapiceras sin tapa, un abanico de cartón, repelentes de mosquitos, un calendario de 1983, una bombilla de mate, un mazo de naipes españoles. Las cartas con las que jugaban a la escoba, supone. Ania se

siente extrañamente acompañada. Es como si hubiera estado conversando con todas las edades que una vez tuvo. En la casa hay solo dos ampolletas y una llave de agua que funcionan: al menos no va a morir de oscuridad ni de sed en esta covacha que habitará durante las próximas horas. Tiene que averiguar dónde puede conectarse a Internet. Mirado así, con este fondo, parece un chiste pensar en algún tipo de conexión. Pero Ania confía en que habrá al menos una cabina en el centro donde pueda hacer ancla con el mundo real. Viajar por una pantalla hacia la realidad que parece haber dejado atrás. Tiene que encontrar una farmacia también, por si no son suficientes sus zopiclonas. Saca de su equipaje un polerón negro que ha traído para la ceremonia de Agustín. Recién ahora se da cuenta de que el polerón es negro, sí, pero tiene un estampado con letras blancas que dicen *Are you ready?* Se lo pone al revés, con las letras haciéndole cosquillas en el pecho, y sale de la casa para enterrar al primo de su padre. Cree estar lista, aunque no sabe bien para qué.





Chiclana 1951  
MAY 12 1951

GRAN ENCICLOPEDIA DEL MUNDO (1964), TOMO 13, PÁGINA 892:

*Nebulosa.* Materia cósmica difundida por enormes espacios que presenta formas muy diversas. Conviene distinguir entre «nebulosas galácticas» (interiores a nuestro sistema de la Vía Láctea) y «nebulosas extragalácticas», que son otras tantas galaxias, distintas de la nuestra, o bien partes de la misma. Las nebulosas difusas pueden ser luminosas u oscuras y están constituidas por grandes condensaciones de gases (hidrógeno principalmente) y polvo cósmico. La mayor de las nebulosas luminosas perceptibles a simple vista (si bien se ve con cierta dificultad) es la Nebulosa de Orión; una de las mayores de las oscuras, perfectamente visible en el cielo austral, es el llamado Saco de Carbón; entre las nebulosas extragalácticas son muy perceptibles las dos Nubes de Magallanes y se ve como una estrellita borrosa la Gran Nebulosa de Andrómeda. Estos tres objetos son galaxias.

Esta mañana el cielo es una sábana tendida, blanca y densa. Así lo percibe Agustín. Mira por la ventana y le dan ganas de agarrar altura, lanzarse hacia arriba y seguir de largo hasta tocar el polvo cósmico. Tiene los libros en la mano, no sabe qué hacer con ellos. La chilena le devolvió *La herencia maldita* y *Pánico en el paraíso*. Le dijo que esos no le interesaban, pero que le daría una oportunidad a *Los niños diabólicos*. Justo ahora que Gariglio le había prometido que para Navidad le regalaría dos cajas con novelas de terror. Después la niña le dijo que tenía que ir a buscar a su prima a la escuela y que en la tarde irían a la heladería a festejar algún cumpleaños o algún santo, Agustín no retuvo la información exacta. Pero no alcanzó a pasar eso, no hubo festejos, porque justo después del almuerzo a Aroldo se le ocurrió subirla al asiento trasero de la bicicleta, una vuelta a la manzana nada más con su sobrina nieta, y ella apoyó el pie izquierdo en las ruedas, muy torpe la chilena, eternamente catrasca, y los rayos le quemaron la piel del talón y sangraba y gritaba y era una sangre rosadita la que Agustín vio asomarse por el pie de la niña. Y quiso lamer esa piel, gota a gota. Ayudarla a frenar la hemorragia, posar su boca sobre esa sangre tibia y darle un alivio que acaso nadie le había dado, nunca. Agustín miraba la escena desde la ventana de su pieza, oculto tras la cortina, soltando el humo del cigarrillo como por inercia, sin atinar a mover un músculo. Como si fuera una película que pasaba frente a sus ojos. El accidente no llegó a mayores, sin embargo. La abuela curó el pie de la niña con alcohol y le puso un parche. Ya está. Agustín piensa que no debería pensar tanto en ella. Que debería concentrarse en lo suyo. Pero qué es lo suyo. Postular al puesto de taquígrafo en la fábrica de tubos. Asociarse con el padre en el negocio de la levadura. Lo otro sería probar con un rubro inesperado. Qué tal si fuera a ofrecerse como cuidador de rehenes en alguna casa de seguridad. No entiende bien quién es quién en estas roscas, pero se le ocurre que eso no importa demasiado. Tendría que buscar algún contacto, eso sí, alguien de confianza que le diera el pase. A lo mejor Gariglio sabe de alguien. Podría argumentar que su primo, el padre de la chilena, es un

completo zurdo. Eso dicen. Sería una excelente carta de entrada. Cuidar rehenes es algo que podría hacer muy bien, cree. Más que creer, está seguro. Él es un hombre paciente, los gritos no lo alteran. Tiene los nervios curtidos, no como su madre. Parece que fuera de porcelana, él, pero es solo una apariencia. Sus pensamientos van cada vez más lejos y llega un punto en que no puede o no se atreve a traducirlos en palabras. Trata de centrar la vista más allá de la ventana, poner la mente en el blanco armonioso del cielo. Imposible. No sabe bien cómo interpretar lo que su cabeza le ordena que piense ahora mismo.

Muy señores míos:

Respecto de su aviso en «La Prensa», les ruego me consideren como aspirante al puesto de taquigrafo que ofrecen. Actualmente estoy empleado como dactilógrafo, pero en mi deseo de mejorar posición, he estudiado la taquigrafia por las noches y actualmente estoy por terminar el curso. Tomo dictado a razón de 80 palabras por minuto y dentro de una semana pienso diplomarme. Tengo 26 años de edad. Les interesara saber que, para acostumbrarme a tomar dictado con rapidez, durante las tres ultimas semanas he concurrido a diversas conferencias para transcribir los discursos, con lo cual he obtenido una practica valiosa. Les agradezco de antemano la atención que presten a mi solicitud y les saludo muy atte.

Mi segunda muerte, piensa Ania mientras camina hacia la iglesia. Agustín es la segunda persona que ve sin vida en su vida. La primera fue Nélide, en la misma latitud, varios años atrás. Ania pensaba entonces que las montañas eran accidentes geográficos, muros físicos nada más. Habían muerto los abuelos, los tíos, una manga de gente: la familia se desintegraba a toda velocidad. Su padre aún no conocía a Leonora. Ania viajó entonces con él al entierro. Volaron juntos, como si fueran un par de reclusos que escapa el fin de semana a respirar su libertad condicional. O un par de amantes igualmente clandestinos, que aprovechan la excusa mortuoria para no separarse. Su miedo a los aviones era infinitamente menor a la felicidad que le provocaba pasar un fin de semana con el padre al otro lado de la montaña. Cuando llegaron, fueron recibidos como embajadores. De la mano, como la pareja en fuga que eran, se acercaron al féretro y esa fue su primera visión de la muerte. A sus abuelos nunca los vio sin vida, a su madre tampoco. Habían muerto y se habían esfumado, ya está. Su cabeza de niña los había borrado con facilidad, porque para ella no existieron los cadáveres. Pero con Nélide fue distinto. Esa vez se detuvo frente al cajón y acercó su cara al vidrio hasta casi rozarlo. Le pareció que ya no era la figura asustada que recordaba de los veranos en la infancia, cuando el padre la depositaba en Campana para que pasara las vacaciones con la familia. Ya entonces a los abuelos les quedaba poco, apenas unas hilachas de años, y Nélide tenía la cabeza en otra parte. Vivían en casas pareadas: en una los abuelos; en otra los tíos abuelos y Agustín. Ania llevaba de regalo latitas de mariscos y Nélide las perforaba como por inercia, con un abridor todo engrasado pero aún filoso, y sacaba las almejas o los choritos uno a uno con los dedos como pinzas, esos dedos de dactilógrafa profesional que había trabajado en una fábrica importante en Italia, decían, una fábrica de dos pisos justo antes de que los padres la mandaran, nadie sabía explicar bien por qué, donde sus parientes en América. Mientras comían los mariscos en la cocina, el tío abuelo subía el volumen de la radio a pilas y gritaba «¡gool de Atlanta!» a cada rato, porque en ese

tiempo el equipo de Villa Crespo, que era donde jugaba un cliente suyo de la levadura, solía ganar. Y Agustín siempre más allá, como una figura recortada: encerrado en su pieza o fumando en la puerta de la casa de 9 de Julio con el flaco Gariglio, su único amigo, el abastecedor de las novelitas de fantasmas y del tabaco, un muchacho pálido que andaba para todos lados en su bicicleta. Ania recuerda ahora, ahora que Agustín se ha ido y hay que despedirlo, los escasos diálogos sostenidos con él, su mirada tartamuda y al mismo tiempo vigilante, como si no hablaran el mismo idioma pero fueran parte de la misma tribu. El hijo de Nélide y Aroldo como un área resbaladiza en la ruta de sus recuerdos.

Cuando llega a la iglesia no divisa a Claudia. Piensa que se ha equivocado de velorio. Ania imagina que esas mujeres con vestidos floreados en tonos grisáceos (del mismo color que los ojos de Leonora, ¿qué hace aquí Leonora?) son lloronas locales que reciben una comisión del municipio para dar atmósfera a los funerales del pueblo. Piensa que ella también ha sido contratada por las autoridades y ahora debe arrodillarse en alguna esquina y proceder. Juntar las manos, bajar la vista y donar sus lágrimas a un muerto desconocido. Reemplazar a los otros, como ya es costumbre. Como en el cumpleaños de su padre: asistir a una ceremonia ajena. Fingir que la felicidad o la tristeza circulan por sus venas. Ania tiene las ideas un poco sueltas y los recuerdos llegan a ella sin que los busque. Ocurrió hace dos o tres semanas, antes de recibir las malas noticias de Agustín y saber que viajaría a Campana. El teléfono sonó en la noche y ella vio en la pantallita «papá». Siempre odió las llamadas telefónicas. Contestó al cuarto ring. «Hija, voy a ser padre», le dijo su padre. Así, de sopetón. Y ella, en vez de felicitarlo, sintió que debía darle el pésame. Más bien, darse el pésame a sí misma. Quiso decirle «pero si tienes setenta y tantos años, papá, pero si Leonora ya no es una mocosa». En cambio, enmudeció. Y el padre rompió el hielo a los pocos segundos: «Es un Yorkshire terrier, pero parece un ratón.» Otra persona se hubiera reído. Pero ella no es otra persona; ella es la única hija de su padre. Entonces le dieron ganas de entrar a una iglesia y unirse a los deudos del muerto que estuvieran velando, cualquier muerto. Necesitaba que todos los dioses, los inexistentes y los imaginarios, la protegieran esa noche. No sabía de qué, pero necesitaba protección. El problema es que no creía en los dioses protectores ni creía que las iglesias abrieran de noche. Así que le dijo ah, qué bien, ¿quieres que lo

saque a pasear? El padre sabía que esta hija humana necesitaba dinero, y en parte la llamada tenía que ver con eso. Era una oferta de trabajo directa. Sin dilaciones, acordaron el precio que Ania recibiría por pasear al perro tres veces a la semana. Cuando cortó el teléfono, acarició al gato en el lomo, se puso un chaleco y se fue a la fuente de soda de la esquina. A ella le gustaba pensar que el gato era el nieto de su padre, pero nunca se lo dijo directamente. Si hubiera tenido un jardín o al menos una terraza, se habría sentado en una tumbona y habría tomado un whisky al seco, sin hielo, siguiendo con la vista el recorrido de la enredadera por el muro principal. Como eso no era posible, se sentó en la barra del bar y pidió una cerveza bien helada y con espuma. Entonces se dio cuenta de que no le había preguntado al padre cómo se llamaba el perro. Bah, era un perro. Después de todo, el padre tampoco le había preguntado el nombre del novio la primera vez que le habló de Javier. A la que tendría que ignorar era a Leonora, no al cachorro que venía a llenar quién sabe qué hueco. Después de tomar la segunda cerveza, pensó en llamar a Javier. Es más, lo llamó. Pero le salió el buzón de voz y no quiso dejar mensaje. ¿Qué le iba a decir? Hola, Javi. Mi padre tiene un perro tipo ratón. ¿Qué más? ¿Le iba a aullar? Mejor tomaba la última cerveza de un trago y se olvidaba del padre y del perro y de Javier.

Ahora Claudia le hace señas desde el fondo. Ania se acerca y la prima la presenta: la hija de Coletti, dice. La chilena. Y todos entienden. Como si nunca hubiera existido otro Coletti en el pueblo. Como si el propio difunto y el resto de la familia fueran apéndices de su padre. El señor Coletti, de Chile. La hija del señor Coletti, el que se volvió chileno. El campanense que un día huyó de su rincón y se instaló en ese país con nombre de pimiento. Como si decir Chile definiera las cosas, sentara algún tipo de jurisprudencia. Ania se entrega a saludos, abrazos, condolencias. Tiene la sensación de que no hay más deudos en el mundo y que ella es la encargada de velar por el único muerto del universo. Un muerto que lleva su apellido y su sangre. Claudia se desliga de su responsabilidad y la deja como carnada exclusiva para los pésames. La sobrina extranjera tiene más peso que la local. Chile uno, Argentina cero. La provincia es toda tuya, primi, lo mío está en otra parte. Y no, Ania comprende que no está lista para esto. Le dan ganas de mostrar el estampado del polerón y hacer una encuesta a los asistentes: a ver, a ver, ¿quién está listo? No es una multitud, pero se siente sobrepasada. No sabe

exactamente quién es, quién debe ser ella en esta circunstancia. Sustituir al padre, pero ¿cómo? Gracias, oh, muchas gracias. No sabe qué más decir, no tiene tacto para estas escenas. Ve muchas caras parecidas a Nélida, aunque ninguna con esa expresión de ausencia que tenía cuando la vio por última vez. Debe concentrarse en este rol asignado, ser la maestra de ceremonia, la maestra de un curso que no ha escogido. Imagina que estos deudos son los niños de la escuela y quiere desordenarlos, quebrarles esa sintaxis del llanto que marchita sus caras. Que murmuren, que baldren a su entero antojo. Trata de cambiar de sintonía y en el esfuerzo aparece su padre. Ella y el padre en el entierro de Nélida, en un pasado que mirado de cerca parece un futuro incierto. Ellos, inmortales, velando a otro muerto. ¿A Leonora, a su madre? De pronto ella misma adentro del ataúd y su padre velándola. Nélida, Agustín, Aroldo, Claudia, Javier, que ha cruzado la cordillera especialmente para estar junto a ella, las mujeres de lágrimas falsas, el pueblo entero despidiéndola. La escena la pone secretamente feliz, y sin querer sonrío cuando le dan la mano y está a punto de largarse a reír pero se contiene. Hasta que aparece un hombre muy delgado, una figura esquelética que le da la mano y se presenta. Vos no te debés acordar de mí, dice.

En *Los niños diabólicos* hay dos hermanos, una niña y un niño, que respiran a través del fuego. Necesitan las llamas para oxigenar sus pulmones. Al principio queman basura en algún pastizal y con eso se nutren. Pero con el tiempo descubren que no es difícil producir cortocircuitos en las casas antiguas y empiezan a provocar incendios en el centro de la ciudad. Llamadas por todos lados, una ciudad ardiendo. El fuego llega al barrio de los niños pirómanos, a su propia casa, a sus dormitorios. Se queman las cortinas, los muebles, caen los muros, se asfixian los padres. Y los hermanos celebran con su risa diabólica mientras pierden aire y ven cómo sus cuerpos se derriten uno frente al otro como un par de muñecos de goma.

«Ay, Aurora, me has echado al abandono. / Yo que tanto y tanto te he querido.» Agustín escucha la voz quejosa que sale de la radio a pilas. Le gusta pensar que la canción arranca de su boca, de su lengua de fuego. «Castígala, Señor, con toda tu energía. / Que sufra mucho, pero que nunca muera.» Le gusta imaginarse despechado y vengativo. Que sufra, pero que no muera la muy miserable. ¿Quién? Qué importa, que sufra mucho y ya. Mientras desenfunda la máquina de escribir, inventa un verso: «Finalmente la gata tuvo cría.» Le parece demasiado incoherente, pero sigue: «Ay, Aurora, si te amo todavía.» El flaco Gariglio le dirá más tarde, cuando caminen juntos y vayan medio atrasados al curso de dactilografía, que la canción es un vals inspirado en un poema peruano, que no es de Carlos Gardel, como todo el mundo piensa. Que cómo no va a ser de Gardel. Que no. Que sí. Que Gardel lo copió en una visita a Chile, dice Gariglio que dice la gente. Pero si Chile no es Perú. Es lo mismo, dice Gariglio. Son cordillera y sombra, la misma cosa. ¿Qué sabe el flaco Gariglio de Chile? ¿Y quién es la gente? Pero Gariglio nunca le dice quién es la gente que lo informa, que le dice cosas. Castígalo, Señor, con toda tu energía, murmura Agustín antes de empezar a teclear. Que sufra mucho, pero que nunca muera. El resto del estribillo corre como un tren recién afinado.

Ha visto la bicicleta en la entrada de la parroquia y ahora, cuando lo tiene enfrente, anuda el recuerdo con esta presencia. Sabe que es el flaco Gariglio. Ha pasado una tracalada de años desde la última vez que lo vio, en el entierro de Nélica, pero no le cuesta reconocerlo. Hay algo que le incomoda en su figura, algo incompleto que al poco rato descubre. Gariglio parece acarrear la sombra de Agustín. No es posible verlo como una persona autónoma, la memoria se lo impide. Jamás se topó con él solo: ni en la plaza ni en la calle de las heladerías ni en la estación de trenes de Campana. Gariglio aparecía con Agustín por la calle 9 de Julio con su bicicleta a un costado y las novelitas de terror en una bolsa. Ania lo espiaba por el balcón del altillo de la casa de los abuelos para evaluar el cargamento. Sabía que más tarde Agustín golpearía la puerta, preguntaría por ella y le mostraría las historias ya seleccionadas vaya una a saber con qué criterio. Ania lo vería, escucharía sus tartamudeos, pensaría que si ese hombre tuviera cola, se la escondería entre las piernas. Tanta era su timidez. Ella entonces recibiría los libros más por amabilidad que por genuino interés y en la noche, después de jugar una partida de escoba con los abuelos, ya en el altillo, con los viejos roncando y las cigarras silenciadas, echándose aire con un abanico de cartón, se dejaría llevar por las fantasías borrascosas de las novelitas. Y así ocurriría otras tantas veces: Agustín y Gariglio siempre juntos, con las novelitas, con la bicicleta.

Pero el flaco Gariglio ahora es apenas la silueta del hombre que recuerda. Los huesos le han chupado la piel y ya casi no tiene pelo. Usa una boina que disimula la calvicie, pero no la oculta completamente. El hombre extiende la mano con exagerada cortesía y se descubre la cabeza en señal de reverencia. Claro que me acuerdo, dice Ania. Y el diálogo queda estancado. Lo siento mucho, acota Gariglio. Por un instante ella olvida la situación, el velorio, y no sabe qué es lo que siente mucho este tipo que tiene enfrente. ¿Siente mucho el silencio que los oprime? ¿Siente mucho estar de pie frente a una persona que parece un poco ida? Ania mira el cajón de Agustín, la gente a su

alrededor, la prima Claudia allá al fondo, y rápidamente ordena sus pensamientos. Todos vamos para allá, responde, como queriendo huir del rol de receptora de pésames, de sustituta de su padre y ahora también de su prima. Tal vez deberían invertir los roles, piensa. Gariglio es mucho más deudo que ella de Agustín, a fin de cuentas. Todos los demás, incluidas ella y su prima, son personajes secundarios en este velorio. El único que debería importar acá es el flaco Gariglio, el mejor amigo de Agustín, su sombra. Tiene ganas de extenderle la mano y decirle que ella también lo siente, que Agustín deberá estar descansando ahora, que Dios sabe lo que hace. Le dan ganas de repetir todas las frases y las muletillas que ha escuchado durante las últimas horas y en las que, sin duda, no cree. Pero de golpe imagina que el hombre rompe el protocolo, saca de una bolsa un libro con hojas de papel roneo y se larga a leer en voz alta una de las novelitas que traficaba años atrás. *Pánico en el paraíso* y silencio general. Y Agustín rompiendo el ataúd desde adentro y emergiendo con su rostro de muerto viviente y espinilludo y una risa diabólica y todos los muertos resucitando y la gente buscando refugio, espantada, y Gariglio cerrando el libro y amén. Ania comprende que está despidiéndose y huyendo, al mismo tiempo, de todos los parientes: de los cercanos y los perdidos en la historia. De los que no conoció, incluso. Huye de sus costumbres arrancadas de cuajo y de sus voces apagadas. De repente se da cuenta de que Gariglio espera una respuesta de su parte, pero no sabe qué ha preguntado. Que cuándo vuelve a Chile, repite el hombre. Ania piensa en el gato, en su padre, en Javier. En el perro de su padre, en las casas que se comprometió a cuidar la otra semana, en los trabajos que pueden aparecer y que necesita con urgencia. Debería volver mañana. Olvidarse de los trámites, de estas ruinas, de Agustín, de Nélide, y volver a lo suyo. Dejarse de leseras. Pero recién ha llegado, no puede rendirse tan luego. Que no tiene clara la fecha de regreso, le dice. Que dónde hay un lugar para conectarse a Internet, le pregunta. Para su sorpresa, el flaco Gariglio sabe dónde. Es un locutorio en el centro, administrado por una pareja de uruguayos, donde tienen cabinas telefónicas y un computador. A un par de cuadras del Cecil, dice. Y le anota la dirección en un papelito, una boleta arrugada que saca del bolsillo. Anda con una lapicera detrás de la oreja izquierda: su herramienta de autodefensa, piensa Ania. Si lo atacan, tiene el arma lista para enterrarla en los ojos del victimario. La letra de Gariglio es gruesa, caracteres grandes y marcados que parecen garabatos más que otra cosa. Vuelve a ubicar la lapicera en su

puesto, pero ahora cambia de lado y la acomoda detrás de la oreja derecha. Luego carraspea y dice que, si hace falta, puede echarle una mano con el orden en las casas pareadas. Ania agradece su amabilidad sin demasiado entusiasmo. Lo despacha con la misma mano extendida del inicio, ahora en señal de despedida. Hay varios pésames por recibir aún.

Mientras las llamas los consumen, el niño abre la boca y no saca una lengua de fuego, como sería esperable, sino un graznido. La niña intenta imitarlo, pero ya no tiene cuerdas que le permitan emitir sonidos. Los hermanos son una sombra de sí mismos. Allá arriba, en el cielo, una bandada de gorriones ardiendo se pierde en la palidez del atardecer. Lo que sigue es algo parecido al silencio, algo del mismo color anaranjado de los pájaros. Una voz sin cuerpo. Acá abajo, en la tierra, los niños han perdido su figura humana. Pero si afinamos bien la vista, vemos que entre las brasas se insinúa una forma en movimiento. Es posible que la historia de los hermanos diabólicos no acabe con el punto final.

Alguien tiene que decírselo. Agustín lo ha escuchado cuando venía de vuelta de clases. A la pendeja hay que cagarla a palos: lo ha escuchado clarísimo. A lo mejor los chicos bromeaban y él se lo está tomando demasiado en serio. Pero debería advertir a alguien: a la misma niña, a algún inspector municipal, a Gariglio. A sus padres no, de ninguna manera. Lo aislarían aún más, le prohibirían acercarse a los muchachos de la escuela. A lo mejor lo alejarían de la niña, incluso. Los escenarios posibles desfilan en cámara rápida por su mente. Ideas como peñascos. A Agustín le cuesta distinguir cuándo la gente habla en serio y cuándo bromea. Pero no son naciones amigas estos días, eso lo sabe todo el mundo. Que deberían llevarla a un rincón y manosearla de pies a cabeza, de orilla a orilla, para que aprenda lo que es meterse con la patria. Él percibe la mayúscula que usan al decir Patria. Que la tierra de los otros no se manosea gratis, qué se cree la pendeja. Eso escuchó en la puerta de la escuela, cuando salía de las clases de dactilografía. Gariglio se había ido antes porque tenía una hora al dentista. Y entonces Agustín volvió solo a la casa. Él no existe para el resto, se da cuenta de eso. La gente lo mira como un bicho que va al vespertino, una insignificancia, acaso menos que un hombre. El flaco Gariglio se hace respetar por los libros que trafica, porque anda en bicicleta. Pero él no. La escuela es un sitio peligroso, piensa Agustín. Por primera vez le encuentra razón a su madre, que lo sacó tempranamente para que se educara en la casa. Para evitar riesgos del exterior: el mundo es un lugar muy peligroso, Tinito. Y después fue quedando fuera, perdiendo amigos. Le costaba mucho establecer relaciones con gente de su edad. No sabía cómo acercarse, de qué hablar. Aunque no parece una cuestión de edad. Con Gariglio todo es diferente, porque su amigo no hace distinguos. Con él puede hablar casi de cualquier cosa. Del desprecio generalizado de la gente, por ejemplo. De las novelitas y sus posibles relaciones con este mundo de sangre y hueso. De eso siempre siempre se puede hablar.

Al final, la otra tarde le pidió a Gariglio que extendiera el préstamo de

*Los niños diabólicos.* Le dio lástima que la chilena no terminara el libro. Le dio miedo que ya no hubiera razones para tocar la puerta de los abuelos y tuviera que conformarse con verla por casualidad, como si las casualidades sobraran. Gariglio le dijo que se quedara con los tres libros por una semana más, que aprovechara de leer *La herencia maldita* y *Pánico en el paraíso*. Que una era como la continuación de la otra y que le iban a gustar, que a él *tenían* que gustarle esas historias. Le volvió a decir lo de las cajas que le regalaría para Navidad. Y le prestó también otras dos novelitas de vampiros. Esas no le gustan tanto, pero cómo se las iba a rechazar. Los vampiros son los aprendices de algo que él no sabe cómo nombrar. No es «el mal», no le gustan las palabras tan grandes. No sabe cuál es la palabra precisa. Le gusta ensayar vocablos posibles que se acerquen a lo que quiere decir. Le gusta, pero le desespera también no dar nunca con esas palabras. Por eso teclea sin pauta y sin pausa: por si en la inercia apareciera de pronto lo que anda buscando, la palabra que lo traiga de vuelta o que lo saque para siempre. Sabe que a la niña la vendrá a buscar el padre en cinco días más. No quiere que se vaya, pero tampoco quiere que se quede y corra peligro. Tiene que hacer algo, tiene que salvarla.

Apenas sus padres apagan la luz en la otra pieza, le saca la capucha a la máquina de escribir y busca la posición adecuada. Un día, piensa, le va a enseñar a teclear a la chilena. Tiene dedos finos, seguro que resultaría muy eficiente en estas labores. Como su madre, cuando tenía cabeza y juventud. Cuando era italiana. La niña va a aprender rápido, está seguro. Y van a pasar la tarde juntos, entre golpe y golpe, él dictando y ella escribiendo.



Ania acompaña a Claudia hasta la puerta del hotel. Van silenciosas, parecen flotar en una superficie propia, cada una en la suya. Se despiden con un abrazo de alivio, más que de tristeza. Claudia pondrá el aviso de venta de las propiedades en el diario de Campana y en otro de la capital. Por si acaso. Y la llamará por teléfono para monitorear las cosas. Si no te la podés, chiflá, dice la prima. Aunque lo dice muy seria, a Ania le da risa la frase. El verbo le da risa. *Chiflar*. Como si fuera una niña o estuviera loca. *Chiflada*. Sabe que le costará dormir, el funeral la ha dejado con demasiados ruidos mentales. Decide caminar un rato para sacarse los pensamientos de encima o al menos apaciguarlos. Pero no ha sido solo el funeral lo que ha desordenado su cabeza. No sabe de dónde vienen exactamente esas imágenes involuntarias que le surgen ahora mismo; supone que será el cambio de aire.

En la plaza, justo al lado de un jacarandá en su máxima floración, hay un monumento a los inmigrantes. No estaba la última vez que vino, le parece. Es una piedra oscura con diez palabras pintadas en letras rojas: «Como ola detrás del océano vino de Italia a Campana». Ania piensa en esas mareas que fueron orgullo y destierro. Todos buscando la América, siguiendo a algún pariente que prometía riquezas a este lado del mundo. Desembarcaban con la ilusión de hacer dinero rápido, pero al rato la fortuna se convertía en sobrevivencia y la América se volvía un territorio hostil. No existían los océanos de hierba ni los campos de fertilidad infinita ni las tierras que les habían prometido. Rápidamente debían aprender a ser otros. Trabajar en lo que fuera, enviar dinero a la parentela, armarse una vida nueva: en eso consistían sus días. Y después ya estaban, ya no podían regresar. Sin seguir una ruta clara, camina hasta la estación de trenes. El andén está vacío, abandonado. Más allá divisa la orilla del río, pero sus piernas la llevan ahora en otra dirección. Se devuelve por la calle de las heladerías, pasa frente al Cecil, el bar que acaso nació con el pueblo, vuelve a cruzar la plaza poblada de ancianos que ahora parecen cuchichear con tonos agudos, como si les hubieran alterado las cuerdas vocales o estuvieran imitando el canto de algún

pájaro, y sigue hacia la izquierda. En algún momento se ve frente a la escuela pública. Está cerrada, parece muerta. Tiene la sensación de que los niños ya no existen, que han crecido súbitamente o se han ido siguiendo una coreografía propia: agarrados de sus delantales, en una fila india. Esa idea le gusta: un pueblo sin niños. Deja la escuela y camina sin apuro por San Martín hasta llegar a 9 de Julio. Frente a la casa de los abuelos, recoge una naranja del suelo y la descascara. Le quedan las manos amargas, el fruto es incomible. Lo deja ahí mismo, como un cadáver jugoso e inútil.

De pronto le parece ver a Nélide en la calle de enfrente. ¿Cómo se te ocurre, Ania? ¿Quién te está mandando estas visiones? Entonces siente una puntada en la nuca: alguien le clava un alfiler y lo retira despacito, prolongando el efecto. Cierra los ojos, pero Nélide sigue ahí. Advierte que, sin previo aviso, la mujer se le ha instalado y es como si ahora la tuviera a flor de piel. Y mientras lo piensa, piensa también que le gusta mucho la expresión *a flor de piel*. Una imagen bella y extraña. Como si los recuerdos brotaran desde los poros, crac, con tallos, pétalos y espinas. Respirar, eso necesita. Descansar, poner la mente en blanco. Aunque a lo mejor la palabra no es respiro ni descanso, sino arraigo. Le vendrá bien pasar unas noches en este rincón, se dice a sí misma, lejos de todo. Si las circunstancias se dan, incluso, podría hacerse un nido de tilonorrinco, producido como una obra de arte, y habitarlo hasta que llegue la próxima primavera. Desplegar sus plumas y ensayar algún vuelo en esta latitud adoptada. Es cierto que, a juzgar por lo que dice la enciclopedia, esos pájaros se esmeran con el nido casi exclusivamente para conquistar a la pájara. Pero no tienes que leer todo al pie de la letra, Ani, se recrimina. Se enoja, casi, consigo misma. Puedes hacerte un nido de mariposa y ya. El padre ha dicho que si necesita más dinero, le avise. Mañana puede mandarle un correo y explicarle la situación. Está el gato, sí, pero Javier se ha ofrecido a cuidarlo. Y es un animal extremadamente dado a los afectos, el gato, que se aferra a sus recuerdos de un reino antiguo y se deja manosear por cualquiera. Ania no tiene plantas, no hay jardín, no tiene más raíces al otro lado. En último caso, piensa, puede pedirle a Javier que adelante sus vacaciones en la imprenta, venga a dejarle al gato y la acompañe una temporada.

Esa noche se traga una zopiclona y se acuesta en la cama de su padre. La misma pieza, la misma cama que ocupaba el padre cuando niño. Contra todos

sus pronósticos, se duerme enseguida, no tiene que hacer ningún esfuerzo. Pero no sueña. Apenas despierta, se asoma por la ventana. Nubes grises tipo tormenta. El viento sopla con voluntad propia, como el gemido de un hombre viejo. Comprende que el otoño se tragará de golpe la luz cristalina del verano.

## MANUAL DEL INMIGRANTE ITALIANO (1913)

### *Sobre los hábitos del que vive en Argentina:*

1. Cuando una banda musical entona el Himno Nacional, todos los presentes se descubren la cabeza en señal de reverencia.
2. A cualquier mujer, sea una dama o una lavandera, se le dice habitualmente señora. Llamar a una donna del pueblo mujer no suena bien ya que equivale a decir hembra.
3. Para llamar a la gente en la entrada de la casa, o cuando la puerta está abierta, no se golpea ni se grita, se baten tres veces las palmas de las manos.
4. Para llamar a un carruaje o para avisar desde lejos al conductor de un tranvía para que pare no se dice «pss, pss, pss», que es poco sonoro, sino «psciio, psiiio».
5. En los cafés o en las confiterías hay siempre un lugar especial para las señoras. Son admitidos solo los hombres que las acompañan.
6. En un café o restaurant se llama al camarero batiendo las palmas dos veces y agregando inmediatamente la llamada de «¡mozo!» que quiere decir camarero. No se golpea sobre la mesa o el vaso.
7. En la platea de teatros y cines no está permitido, ni siquiera a las mujeres, llevar el sombrero puesto ya que se impediría a los otros ver la escena.
8. No se fuma ni en los tranvías ni en la plataforma. El aviso «está prohibido salivar» significa *vietato sputare*.
9. Para pedir socorro a un policía (vigilante), que es también un guardia de ciudad (para los casos urgentes de incendio, robo, heridas, violencia, etc.), se silba con un pito de plomo que muchos acostumbran llevar en el bolsillo.
10. Por la calle no se camina fuera de la vereda: de hacerlo recibiría el calificativo de «atorrante», que equivale a mendigo.

Vos te estás armando una ficción, ha dicho Gariglio. Y ha agregado que los niños son crueles y más todavía si les tocan la patria. Que eso es normal. Pero que no van a pasar de las palabras, que cómo se le ocurre, que no se preocupe. A los extranjeros los respetamos, dice. A Agustín lo tranquiliza el plural. Como si al incluirse en la frase, el amigo estuviera confesando que él controla la situación. Y de paso excluyera a Agustín del territorio, lo situara como un extraño. Un extraño a salvo. A su madre la han respetado, después de todo. Nunca han hecho sentir a Nérida como una intrusa, a pesar de su castellano mal hablado y de su nostalgia crónica. El pueblo está lleno de italianos, el país está plagado de italianos. Claro, cómo no los iban a respetar. Llegaron a este país a trabajar la tierra, a poblar porque eso era gobernar también. ¿O era al revés? Como sea, piensa Agustín, los italianos llegaron a sumarse, no a enfrentarse. Lo de Chile, en cambio, es otra cosa. Del país de la niña se sabe poco y nada. Que nos quieren quitar un pedazo de tierra, eso se sabe. Que, si fuera por ellos, nos borrarían de la Patagonia. Que les han bombardeado la casa de gobierno, eso lo sabe todo el mundo. Que los milicos, sí, Agustín sabe que los milicos allá también. Aunque no sabe si hay milicias, si existe algún ejército del pueblo o algo parecido, como acá. A los extranjeros los asustamos, pero no los tocamos, insiste Gariglio. Y saca una risa que es como un cortaplumas atascado en su garganta. Pero Chile es otra cosa, insiste Agustín. Nos quieren quitar un pedazo de tierra. Ah, pero ese no es problema de la niña, razona Gariglio. Caminan por la avenida Mitre, a paso lento. El amigo lleva la bicicleta a un lado y van al ritmo de la rueda. Fuman las tres cuadras que los separan desde la escuela de dactilografía hasta la casa de Agustín. Gariglio vive a la vuelta de la cuadra. Todos los jueves lo mismo. A veces no hablan y uno de los dos empieza a silbar alguna canción de la radio y el otro lo sigue como un coro lejano en el silbido. A Agustín le gustan esas pausas porque puede echar a andar sus pensamientos al aire. No como en la casa, donde quedan atrapados entre las paredes y llega un momento en que nadie los puede atajar ni mucho menos revivir. En la calle

los pensamientos toman otros desvíos, se salen del margen, suben hasta el cielo y vagan a su antojo por el espacio. Agustín imagina la casa de la chilena en su país. Y él allá, de golpe en un nido ajeno, en otro suelo. Se imagina acompañándola a visitar la tumba de la madre, de la mano con la niña como dos hermanos de distinta procedencia geográfica pero herederos de la misma sangre. Él como un hermano mayor, igual de huérfano que ella, pero mayor. Casi un padre. Los dos llevando flores, montoncitos de hojas y capullos, a la tumba de una madre que no es Nélida. Sin padres, mejor sin padres de acá ni de allá. Con un nido propio. Solos los dos, como un par de seres diabólicos, en un territorio sitiado por ellos mismos. Agustín y Ania quemando la ciudad sin que nadie sepa quién está detrás del fuego.

GRAN ENCICLOPEDIA DEL MUNDO (1981), TOMO 24, PÁGINAS 230-231:

*Chile. Evolución política.* En 1978, en el terreno de la política internacional, se iniciaron negociaciones con Argentina por el viejo problema del canal de Beagle, en el extremo S del continente americano, que fueron nuevamente rotas, por lo que fue necesario recurrir a la mediación de diversos países y de la Santa Sede.

GRAN ENCICLOPEDIA DEL MUNDO  
(FE DE ERRATAS 1982), TOMO 24, PÁGINA 231:

*Chile. Evolución política.* En 1978, en el terreno de la Política internacional, se iniciaron negociaciones con Argentina por la delimitación de los espacios marítimos australes, problema que fué llevado finalmente a la mediación del Papa.

A pesar de que ha dormido sin dificultad, necesita asegurarse de tener suficientes somníferos. No sabe cuánto pueden prolongarse sus días en Campana. Debe estar atenta al teléfono, por si llama algún interesado en comprar las propiedades. Por si llama Claudia. Resulta que ahora no solo cuida casas ajenas, sino que también es corredora de propiedades. Eso le da risa, se siente ridículamente útil. Se pone la misma ropa del día anterior y sale de la casa a buscar una farmacia. Le parece que el aire está más pesado esta mañana. Al llegar a la avenida Sarmiento, tiene la impresión de que los pocos habitantes que circulan por el centro la ignoran. Se mira de arriba abajo hasta que el mentón choca con la clavícula: necesita comprobar que es ella, que está ahí. Por un segundo llega a pensar que es invisible. Pero no: Ania Coletti está en Campana. Ania Coletti ha reemplazado a su padre y ha enterrado al último integrante de la familia. Ania Coletti ha cumplido el mandato tal como estaba previsto y ahora tiene la sensación de haber huido de algo que no sabe nombrar. Le parece impropio despertar con palabras unas imágenes que aún no terminan de brotar.

De golpe la asalta la idea de estar colándose a la fuerza en un pueblo de algún interior impreciso, en sus entrañas. Tierra adentro en un nuevo mapa. Sin darse cuenta silba una melodía. Cualquier cosa, un sonido apelotonado que alguna vez pudo ser canción y salir de una radio a pilas. Toma una calle lateral y se deja andar por los laberintos del pueblo. Tratando de seguir el ritmo propio, camina por la vereda sin pisar las líneas divisorias entre un pastelón y otro. A medida que se acerca al río, el humo aumenta su densidad, es cada vez más corpulento. Pero Ania no repara en el olor a quemado, ni en el canto agónico de las cigarras calcinadas en las quemas de basura nocturnas. Tampoco se da cuenta, esa mañana, de los cambios atmosféricos. Abruptamente, unas nubes gordas taponean el cielo y a los pocos minutos, como en un eclipse minúsculo, vuelve la luz entre la humareda. Ania sigue con el silbido, hasta que en una de las secuencias de oscuridad ve su propia sombra agigantada y se desconcentra. De un minuto a otro se desconoce

completamente. Es como si fuera una doble de sí misma circulando esta mañana por una locación llamada Campana, junto al brazo de un río llamado Paraná. Puede escuchar su respiración, pensar sus pensamientos, observarse desde afuera. Desde otra galaxia. Su conciencia figura a kilómetros de su materia corporal, por así decirlo, y de pronto teme perderla para siempre. A Ania no se le ocurre de dónde puede venir esta sensación nueva.

Con la idea de estar a punto de desintegrarse, entra a una farmacia que más parece almacén y pregunta por sus calmosedanes, sus zopiclonas, sus adormixes. El farmacéutico la mira como se mira a un marciano y le asegura que nada de eso existe por estos lados. Que lo siente, nena. Su tono es cortés, pero también reservado. El tono del que oculta algo, del que desconfía. Y cuando ya está en la puerta de la farmacia, el vendedor la detiene. ¿Cómo está don Juan Coletti?, dice. Las palabras del locatario actúan como fármaco a la vena para Ania. Ni siquiera tiene tiempo de preguntarse cómo sabrá aquel desconocido que ella es la hija de su padre, la chilenuita. Instantáneamente siente que recupera el porte, el ánimo, la sangre. Sobre todo la sangre. Está bien mi padre, responde. Estupendamente bien, exagera su entusiasmo. De inmediato se arrepiente, pero entonces ha salido de la farmacia y ya camina hacia la plaza.

Al llegar al banquito bajo el jacarandá, al lado del monumento, se detiene. La sensación de hace unos minutos ha desaparecido por completo y ahora vuelve a sentirse tranquila. Déjate de leseras, Ania, se habla en voz baja. Relájate y aprovecha para descansar ahora que puedes hacerlo. Se acerca al monumento y descubre algo que no había visto el día anterior: sobre las letras rojas de los inmigrantes, alguien ha escrito con espray: «El único lugar para un genocida es la cárcel.» En el banco de enfrente hay cinco o seis ancianos alimentando palomas y tomando mate. Los mira de reojo y le dan ganas de arrimarse a ellos y preguntarles por el rayado. O, mejor, pedirles un sorbo de mate y ponerse a jugar una partida de escoba. Sentada en la plaza de Campana, se ríe. Las luces de la mañana todavía pasan de la luz a la sombra, de la luz a la sombra, como un faro vuelto loco, pero eso ahora no perturba ni un milímetro su mente. Ania aspira profundo y recién entonces siente la pesadez del aire. Huele a quemado, se da cuenta, a cuero quemado.

Queridísima cuñada: las cosas han sido echas a la lijera, me parecía que Nélide no debía ir a america y ahora llegada su partida puedes imaginar nuestro sentir. pensaba que quizas no la veremos más, si hubiera sido por mi no se abría ido por la lejanía y por que estaba bien empleada y cerca de casa. pero el padre insistió y ya esta. Nunca ha trabajado ni echo nada en la casa. dado lo que pasó tenía siempre miedo de cansarse y por eso en la casa no sabe hacer nada mi hija pero ustedes le enzeñaran a su manera. Hagan cuenta que Nelida es vuestra asi sabremos que está en buenas manos. no la abriamos mandado con ustedes américa si no fuera por ello. Llevenla con Aroldo, son jovenes los dos y no tienen fastidio.. si tienen hijos se haran compañía, entre una cosa y otra se habituara. Inutil sería ahora decirle lo hecho, yo se que no es ahi donde quiere como quiere estar. Esperamos solo que dios le de salud y que todo valla bien y con el tiempo se vera. Saludos y bendiciones para la flia. Manden noticia pronto,. Nina.

El escenario de *Pánico en el paraíso* no es real, piensa Agustín. Gariglio, en cambio, argumenta que ese lugar existe. Que el paraíso existe. Lo que existe es el pánico, dice Agustín. Sos igual a tu madre, siempre comidos por el miedo, ustedes, se ríe Gariglio. La historia es previsible: una pareja, de luna de miel, viaja al lugar de sus sueños. Un pueblito en la costa, atardeceres rojizos, noches tibias. Agustín piensa en Mar del Plata, la única playa que conoce. Aunque nunca ha visto un atardecer rojizo y odia el aire tibio, sea de noche o de día. El caso es que a las pocas horas de haber llegado, los protagonistas de la novela empiezan a notar que algo no anda bien. Los habitantes del balneario caminan con lentitud, arrastran los pies, llevan los ojos semiabiertos. Caminan unos pasos y se desvanecen. Son como imágenes de fotos borrosas, ya marchitas. Cuando la pareja escucha hablar al resto, le parece que son máquinas: sus voces sacan chispas por la boca. El hombre y la mujer comprenden que la vida se ha extinguido en este lugar y que ellos son los únicos sobrevivientes. Comprenden, para más terror, que estos seres que los rodean son los espectros de lo que alguna vez fueron. Y que ellos, ella y él, están en tránsito hacia el otro lado. Es cosa de horas, de minutos. Gariglio dice que lo que la novelita quiere decir es que el paraíso y el infierno están en nuestra imaginación. Y que eso los hace existir. Lo que existe es el pánico, repite Agustín. Gariglio se lamenta de que su amigo sea tan tieso de mollera, de que vea siempre pantanos donde hay tierra seca. O tal vez lo que lamenta es que Agustín lea las historias con tanta pesadumbre.





Cuando vuelve a la casa se prepara un té en la cocinilla y saca de su cartera unas galletas de agua. Busca azúcar o algún endulzante para el té en la despensa y lo que encuentra es otra cosa. Una caja de cartón enorme. Donde debería haber azúcar, una caja con las pertenencias de Nélide y Agustín. Eso lo sabrá en dos minutos más, cuando la abra. Ania piensa en ese momento que la caja ha estado esperándola desde la muerte misma de Nélide y que ha decidido comparecer frente a ella ahora que partió también Agustín. Ahora que ella lo ha enterrado. Como si juntos, madre e hijo, se hubieran puesto de acuerdo desde el más allá con la caja y le estuvieran mandando a la chilena sus pertenencias. Deberían estar en la casa del lado, pero están acá. A ver, Ania, razona bien. No te pases películas. Lo más lógico es que alguien haya guardado todo en esta orilla y lo haya puesto a salvo. Pero ¿para qué? No lo sabe. Busca un cuchillo en la cocina, pero solo da con un tenedor oxidado. Lo entierra en la caja y ve cómo los dientes van grabando sus mordiscos en el cartón. Cuesta, pero a golpe de tarascones del tenedor lo logra. Tiene la sensación de haber abierto una ventana demasiado tiempo clausurada. Lo que encuentra ahí adentro son fotografías enviadas de un continente a otro, cartas de los parientes y amigos de Nélide, pasaportes, un manual de comportamiento para inmigrantes, el certificado de bautizo de Agustín, libretas de trabajo, cuadernos, una radio a pilas y objetos que van desde estampitas a billetes de liras italianas.

Deja el té a un lado, ni toca las galletas. No sabe por dónde empezar. Lo primero que saca es un cuaderno forrado en papel de regalo ya medio desvanecido por la humedad y el polvo, con una estampilla pegada en la tapa donde lee «Agustín Coletti. Dactilografía». La letra del mensaje es redonda, perfecta. Y luego aparece una fecha: marzo de 1970. Agustín inaugura su cuaderno justo el año y el mes en que Ania nace. Agustín escribe palabras sueltas, llenas de erratas y faltas de todo tipo, mientras Ania da sus primeros balbuceos. A ese cuaderno le siguen quince o veinte más, que llegan hasta los años ochenta. Lo que hay ahí son ejercicios: palabras, oraciones y frases de

distintos usos, como si el aprendiz estuviera cultivando las semillas de una lengua que nunca dominará por completo, un alfabeto hecho de restos y pifias, aunque sea su lengua de nacimiento. Como si el piemontés de su madre y sus abuelos le abriera una grieta de dudas verbales y él necesitara, con urgencia, ejercitar los dedos y conectarlos con esta mente que va siendo invadida por un ejército de pelusas. Alcohón, baldrar, barbosa, murmurar. Agustín se ha colado entre las pertenencias de Nélica y ahora pide ser liberado de los escombros. Por un segundo, a Ania se le ocurre que debería llevárselos a Javier para que los pase en limpio y los rescate en la imprenta. Lo que anota Agustín en el cuaderno de 1970 son ejercicios: cartas de empleo, fórmulas de cobranzas, registros de ventas. Pero también instrucciones para usar correctamente la máquina de escribir. Y hacia el final, vocablos en varias líneas, repetidos cincuenta, sesenta veces cada uno. Con infinitos errores. La cruel proximidad de la *b* y de la *v* en el teclado puede ser un buen justificativo. Pero los dedos o el despiste o la desprolijidad de Agustín van más lejos. La palabra «hijos» aparece en varias páginas. Tal vez porque es fácil de teclear, piensa Ania. En la máquina la *hache* está bajo la *i*, la *i* arriba de la *jota*, la *o* en el piso siguiente y la *ese* un poquito más allá, pero en la misma línea de la *hache* y de la *jota*. El hijo de Nélica podría haber escrito la palabra en singular y hubiera sido aún más simple. Con dos dedos habría disparado una ráfaga de hijos únicos: hijo, tatatatá, hijo.

Entre los diversos sistemas empleados asta la fecha para la enseñanza de la escritura a maquina, el que a demostrado ser mas eficaz y que reune mayores ventajas, es indiscutiblemente el denominado sistema Del Tacto, por ser el unico cientifico. Ademas de ser el mas veloz es el que menos cansa al escribibiemte, porque el trabajo se distribuyesobre toda la mano presentando por otra parte la ventaja de poder escribir sin mirar en aboluto el teclado.

En la última página del primer cuaderno de Agustín aparece una nota a mano, pero no con la letra de la tapa, sino con una que a Ania le parece idéntica a la de su padre. Sabe que eso es imposible. La letra, seguramente, es de Nélica. El ensayo de una letra distinta, ya no redonda y perfecta, para que su hijo comprenda que la vida, como la letra, también puede ser hostil. «Calificación 5», apunta. Ania no sabe si la escala es de 1 a 10 o de 1 a 7. En cualquier caso, no es una buena nota. Que debía ser más estricta, más rigurosa, le había dicho la inspectora de la escuela a Ania. Que debía controlar las barbaridades en las escrituras de los muchachos. Que no debía poner tantas notas 7, porque los alumnos después se cebaban. La inspectora, tan vigilante del lenguaje, había usado la palabra «cebar». Como si los estudiantes fueran cerdos que hubiera que alimentar con porciones controladas. Eso recuerda ahora, lejísimos de los niños, en otra vida casi. Se pregunta entonces si el ejercicio de un hijo que busca llenar un espacio mental mientras teclea frenéticamente puede evaluarse con una nota, con números vacíos. Se pregunta si realmente es Nélica quien lo evalúa. Y en ese caso, qué evalúa, qué lee bajo el ropaje de esos fraseos sin norte. ¿Se da cuenta la madre de que el hijo se pone en sus manos, en sus dedos, para continuar el oficio que ella abandonó, para seguir tal vez su genealogía defectuosa?

Suena el teléfono, pero Ania tiene un atado de papeles en la mano, que nublan su audición. Por lo demás, es muy improbable que ese aparato suene. No es posible ingresar el timbre como un hecho de la realidad. Dentro de uno de los cuadernos de Agustín ha encontrado un lote de cartas provenientes de Italia, destinadas a su madre. Imagina que Agustín dio con ellas en algún momento, cuando Nélica ya estaba mal, y las guardó para protegerlas de la ruina. La que ahora abre está escrita por Amelia di Pasquale. Fecha: 12 de diciembre de 1973. «Te recordi quando eravamo contenti?», pregunta la tal Amelia. Y a continuación rememora, uno a uno, los hitos de esa felicidad común, perdida entre un continente y otro. Los paseos por la campiña, las

idas a nadar, Agustín. Pero ese Agustín no es el hijo de Aroldo, no es su hijo. Es un personaje anterior, con el que Nélide ha mantenido algo. Algo que, a juzgar por la carta de la amiga, ha sido su arrebató y su infierno. El teléfono sigue sonando. Ahora escribe el padre, Giacomo. Es una carta de varias páginas, fechada el 2 de mayo de 1949, un día antes de que Nélide se embarcara a América. Una carta para ser leída arriba del barco, que es una despedida y un apoyo en la distancia, pero también un manual de comportamiento. Que sea cortés con todos pero reservada, que se cuide de los muchachitos y no les dé confianza, que sea brava. Imagina a Nélide en cubierta, muy brava, leyendo la carta y mirando hacia todos lados, en alerta para siempre frente al peligro. Arroándose al océano, la imagina, clausurando de cuajo la salida que han buscado sus padres. Las sirenas del barco activadas, mil pitos de socorro. Ania se acerca al teléfono, lo descuelga y lo vuelve a colgar. Cortés con todos, pero reservada. El mundo es un lugar muy peligroso, Ani. Los ojos se le cierran solos, deja el material en reposo por unas horas. Que respire.

Esa noche se toma una zopiclona y media. Le quedan diez todavía. El sueño es espeso, viscoso. Le parece que están Nélide y sus parientes despidiéndola en la rambla. Lleva una gorra con velo que le cubre la cara. De pronto la imagen del padre de Nélide es la de su propio padre. Y Nélide ya no es Nélide, sino Leonora cubierta con el mismo velo. Todo se confunde ahora, no logra enfocar las escenas. Y tampoco percibe acciones ni una trama. Cuando despierta, trata de recordar algún detalle del sueño, pero una caligrafía ajena ha borroneado las imágenes y no encuentra nada.

il pensiero di tuo Torino 9.5.343 sta buona salute tutti  
papà ti regnerà sempre. Felida cara dal momento  
che ti trovi sola staccata da noi, ma sempre vicina,  
ti accorgerai che ti manca qualche cosa, ma non  
farai caso tutta da parte nostalgia e malinconia  
sorrirti e guarda in faccia l'avvenire, che credo ti  
sarà migliore del passato, te lo auguro di tutto cuore.

Ricorda e tieni sempre a mente i consigli e le  
raccomandazioni che ti hanno sempre fatto i tuoi  
genitori, primo fra tutti stare brava, cercandi farti  
una compagnia buona se ti pare con le tue compagne  
di cabina, cortese con tutti, ma riservata, non dare  
confidenza ai giovanotti, perché sapendoti sola potrebbero  
passare i limiti, bere di mangiare e bere e molto  
riposo, non ballare, non preoccuparti anche se il  
mare qualche giorno sia brutto, stai allegra e  
vedrai che il tempo passerà più in fretta, guardati  
dalle correnti di aria, tieni sempre la maglia di lana  
nella pelle anche se farà caldo, perché varerà solo pochi  
giorni ed avvicinandoti all'America farà più fresco.  
Noi faremo sempre bene la preghiera che tu sai a  
Sirla e ti nomineremo sempre così non ti dimenticherà  
chiaro tanto presto te diremo che sei dalla nonna  
lontano lontano, anche tu qualche preghiera. Sai  
ricordarti di Sirla che sul vapore hai tempo da vendere,  
buona fortuna e S. Rita ti aiuti cioè anche da Sirla

Domani di te ancora tante cose ma noi ci stanno più solo ti raccomandano  
meno di bene trovarci non dai signorini a nessuno ma bene voglio dire amata  
quanto pensarmi di metterci il partito più bello che con te non viene agli  
mi e ti ricomanderò più tanto non tanto bene e stai allegria bene ho per te  
paga

quando sarai fuori a casa dei padri ricordati di star buona  
e fare tutto il possibile per vestirti bene e fare veder bene  
for conto che nono i tuoi genitori, rispetti e sta allegro e  
fai che tu sia provabile con te abitudine, presto a tutto.

Guardati dai pericoli di cui è pieno il mondo e quindi  
mente per voi ragazzi, non dar retta, e ripeto confidenza  
a nessuno, e non lasciarti indroglare dalle chiacchiere  
perché i giovanotti non amano niente e fare nessuno di  
passare il tempo. Se ti occorre qualche cosa che non ti  
contribuono non aver paura domanda che ti ci sarà il  
medico e abbiamo tutto quello che occorre. Fai attenzione  
a tutto quello che ti porti, di non perdere niente sia la valigia  
e quello che hai, quando arriverai a Buenos aires, non  
aver fretta di disimbrere, preparati la roba e poi aspetta che  
ti dicano di disimbrere, ~~credo~~ dirai che non sei pratica e che  
aspetti che ti vengano a prendere, credo che se non ci  
sarà subito i tuoi parini, oppure Araldo ricorda questo  
nome, ti manderanno all'immigrazione e loro andranno  
a prenderti la come ho fatto io. Quando scendi forse ti faranno  
passare in un grande salone della Dogana e ci saranno i  
bauli tu cerca il tuo se sarai sola, e se ci è qualcheuno  
te lo farai cercare così ti aiuteranno, credo che per una  
ragazza anche i Doganieri ti aiuteranno, dopo passata  
la Dogana chiedi bene il baule e lo leggerai di nuovo  
perché sarai poi spedito a Campana, ma spero che se  
possono entrare ci sarà qualcheuno di loro ad aiutarti,  
Tu tiri solo di vista il baule e valigia poi aspetta ai anche  
l'ultima a passare se non ci sarà ancora nessuno a  
prenderti ma vedrai che andrà bene, stai solo tranquilla  
e calma e allegro scherza sempre.

Nelie per aprire il baule prima taglia  
la corda piccola col temperino, quella che  
ha messo la zozzana, poi slegli quella  
grossa adagio adagio senza tagliarla  
così ti servirà ancora,

Fai bene attenzione a non perdere  
niente ricordati di tutto, e se hai  
bisogno di qualche cosa sul vapore  
chiama non aver paura che ti  
hanno tutto ~~ad~~ a buon'aria  
ricordati del ritratto di loro due e  
poi se non si qualche tuo da non  
ti sembra non andare finché non  
sai sicuro se si presentarsi per primo  
Ardo gli somanù come si chiama  
anche in piemontese che lo capisce meglio  
il suo cognome è Costamagna,

Coraggio ed allegria che tutto andrà  
bene, non aver paura del mare  
che ti farà ballare un po' ma ti  
smentirai e cercati una buona  
compagnia sta brava come sai  
che ti voglio dire tuo papà

L'indirizzo di tuo padrino  
Francino Damilano  
Calle Aborno 325  
(S. L. G. A.) Campagna

ENMIENDAS Y CORRECCIONES: Cuando se ha omitido alguna letra, y no advierte el error sino al teminar el renglón, se procede asi: Sise tratara de la ultima letra de una palabra, se lleva el carro al espacio existente entre la palabra incompleta y la que le sigue. Si la letra omitida fuera en medio de palabra, se borrar  integralmente la palabra equivocada, escribiendola correctamente en el mismo espacio.

Sabe que los trenes ya no pasan, pero durante las siguientes noches escucha un ruido que no puede ser otra cosa sino los bufidos de una locomotora a lo lejos. Los frenos o acaso la bocina de una máquina que espanta a los pájaros nocturnos y se agiganta en el eco. Si se concentra bien, puede que no sea un tren, sino una flauta traversa. Decenas de flautas repiqueteando a lo lejos. Tres noches iguales: el mismo sonido en la madrugada. Los somníferos no le hacen ni cosquillas. La falta de sueño la está volviendo irritable, malhumorada. Tiene que salir, buscar provisiones, airearse. Piensa que no tiene sentido estar acá, que debe volver a Chile y enfrentar de una vez las cosas. ¿Qué cosas? Su existencia, qué otra cosa. Pero se da cuenta de que el pensamiento no es enteramente suyo. Hay algo que se mueve sin su voluntad ahí adentro, en su cráneo, y que no alcanza a captar. A la cuarta noche se levanta, desenfunda la máquina de escribir y se pone a teclear lo primero que aparece: oraciones sin rienda, imágenes batidas a cuero pelado. Necesita opacar el ruido del tren que no es un tren. Se le ocurre que debería escuchar otras voces. Salir a comprar pilas para la radio de Agustín y escuchar cualquier señal, la que el mundo quiera mandarle ahora mismo. Caminar hacia el centro reclamando el saludo de aquellos a quienes encuentre por ahí, exigiéndoles un gesto de cordialidad, entrar al Cecil, hablar con el cantinero, buscar la zona de señoras, pedir una cerveza muy fría, salir con la botella en la mano y buscar el locutorio del que le habló Gariglio en el funeral, mandar un mensaje a Javier. ¿Cómo está el gato? ¿Se acostumbra, ya no se acuerda de mí? O mejor, llamar al padre: ¿Cómo va la convalecencia de Leonora? ¿Los hijos, los nietos, el perro tipo ratón? Sí, Agustín ya está bajo tierra, sí, quédate tranquilo. Yo estoy aquí, yo soy tú. Mándame latitas de mariscos. Nada, es una broma. Deberías estar aquí conmigo, papi. Ahora mismo le gustaría salir a fumar a la calle, pero hace siglos que no enciende un cigarro, desde los años de universidad. Sospecha que ya no sabe fumar. Le gustaría tirar humo por la boca en algún andén, caminar fuera de la vereda, usar un sombrero de bambú en la platea de un teatro, hacer señas al mozo del

Cecil con un golpe del vaso sobre la mesa, ser una dama o una lavandera, una hembra, llamar a un carruaje con unos pss, pss, pss muy marcados. Le gustaría agregar puntos al manual de Nélide. Contrapuntos: no competir con el perro ni con la mujer de tu padre, no buscarse en las fotografías de los muros ajenos, no vivirse en la vida de los otros, no esperar a los muertos donde nadie los ha llamado, tener un jardín y regarlo por las noches, no mirar las montañas como accidentes geográficos sino como ramales biográficos, llorar en los entierros ajenos y en los propios, sobre todo en los propios, subir altillos como quien escala una cumbre. Eso debe hacer: atreverse a subir la escalera del altillo y confrontar el recuerdo con la ruina.

RETROCESO: Está situado por lo común en la parte superior del lado derecho aunque en algunas máquinas se encuentre en el izquierdo. Funciona a la inversa de las demás; oprimiendo dicha tecla; el carro retrocede un espacio.

Acomoda las mantas de la cama, abre las cortinas y se viste con lo que encuentra más a mano: los mismos jeans desteñidos con los que viajó, el mismo polerón del funeral. Esta vez deja el estampado a la vista: *Are you ready?* ¿Para qué podría estar lista? Quiere mirarse al espejo, pero se da cuenta de que en la casa de los abuelos no hay ningún espejo. Ni en el baño ni en el pasillo ni mucho menos en las piezas. Se busca en el reflejo de la ventana: una figura delgada, sin demasiada forma. Unos mechones dispares, de tilonorrinco o algún otro pájaro. Al menos existe, alivio. Se acerca, decidida, a la escalera que da al altillo. Sube con el cuidado que tendría al cruzar un puente colgante sobre el océano. Los escalones crujen, en cualquier minuto la estructura se desploma y ella queda ahí, sola, inconsciente, sin que nadie se entere. Piensa que se está dejando llevar por el espíritu de las novelitas de terror de Gariglio. O peor, por el espíritu bélico de la época en que Nélide aún no se embarcaba a este lado del mundo. Trata de volver a su tiempo, de reírse de estas ocurrencias, pero emite algo más parecido a un estornudo que a una carcajada. Llega al último escalón. Le parece que está todo tal cual, pero al abrir la puerta del altillo entran, sin que nadie los convoque, unos recuerdos inesperados. Ella en la escuela donde estudia Claudia, la mirada sorprendida o espantada de su prima, la boca abierta y la vista en un punto que Ania no puede ver, justo detrás de su cabeza, y de inmediato el golpe en la nuca y el silencio y la sombra de un niño o un enano de piernas rápidas corriendo con un garrote en la mano y luego la inconsciencia y luego un silencio mucho más tupido, y abrir los ojos y las miradas de los curiosos detrás de las ventanillas del auto, los ladridos de los perros a lo lejos, el asiento manchado con su sangre, una sustancia viscosa y espesa, de quién sería el auto donde la acostaron con la cabeza sangrando y el pelo apotonado en el líquido escarlata y por qué demoraban tanto en partir al hospital, al mismo hospital donde Nélide entró y luego salió siendo otra, una mujer sin cabeza, un cuerpo vaciado, el mismo hospital donde Agustín dejó de ser un cuerpo para ser un resto: todo eso se cuele ahora en

sus pensamientos revueltos, ahora que entra al altillo y comprueba que la colcha es la misma, las telas de araña casi no dejan ver la ventana y al ventilador de techo se le han quebrado las aspas, como se han quebrado los platos, las ramas del naranjo, las certezas de la adolescencia, los espejos de esta casa, las patitas de las mariposas del camino. Todo eso aparece de golpe y, aunque cierre los ojos y los vuelva a abrir, no puede salir de ahí. Entonces baja la escalera y siente que paso a paso va volviendo a ser la persona que era al ver la luz esa mañana.

ACTITUD TACTIL: El estudiante debe acostumbrarse a sentarse en una posición erguida y cómoda apoyando la espalda en el respaldo de la silla. No hay que colocarse ni demasiado cerca de la maquina, ni demasiado lejos. Los brazos se dispondran casi paralelos, al cuerpo, dejandolos caer naturalmente, y deberan permanecer inmoviles, flojos, y sin tension. Las manos deberan estar juntas sobre el teclado, los dedos meñiques de la mano derecha e izquierda, cuando no tengan que golpear otras teclas, se apoyaran ligeramente sobre la A y la Ñ respectivamente, en forma que el indice de cada mano pueda alcanzar con relativa facilidad las letras G y H. Los pulgares casi se tocaran descansando sobre la barra de espaciar.

El sonido del timbre la despabila. No es el teléfono, esta vez es alguien en persona, de carne y hueso, alguien que sabe que ella está adentro. No tiene idea de qué hora es, puede ser la mañana o la tarde. Perdió la orientación temporal, y la luz que se filtra por la ventana no tiene carácter. Es una luz plana, sin matices ni brillos. El sonido que ahora escucha no es el de las flautas traversas. Es una campanilla en la puerta, eso es muy claro. ¿Quién puede tocar el timbre de una casa deshabitada, a mal traer, un lugar que no da pistas de presencias vivas? Que siga sonando, que se le quede pegado el dedo al intruso. Piensa que debería silbar con un pito de plomo y pedir socorro a un policía, pero sería una exageración. No hay peligro en un timbre, Ania, tranquila. Entonces se despreocupa y vuelve a la máquina de escribir. Apoya la espalda en el respaldo de la silla, busca una posición erguida y cómoda. Los brazos flojos y sin tensión. Las manos juntas sobre el teclado. Repasa los apuntes que ha trazado la noche anterior. Piensa que de aquí en adelante debería registrar todos sus pasos. Los del presente y los anteriores. Volver atrás y zigzaguear hasta hoy. Ir dejando una huella. Pero ¿a quién? Y, sobre todo, ¿para qué? Al minuto de pensarlo se le agota el universo. Tendría que ponerse en el pellejo de los demás, no solo en sus casas. No solo cuidar sus propiedades: fundirse en ellos, ser ellos. Eso debería hacer. Aprender de Nélida, de sus bisabuelos, que supieron desprenderse de sus orígenes y convertirse en otros. No puede encomendarse a su historia minúscula. Por lo demás, comete demasiados errores dactilográficos, no sabe escribir con la velocidad que seguramente lograba Nélida. Su torpeza es semejante a la de Agustín, pero lo suyo tiene otro origen. Se ha acostumbrado a los botoncitos del teléfono celular, aunque odie usarlo. Las teclas de la máquina son duras, se resisten. Piensa que debería escribirle a su padre. Aconsejarle ser bravo y no dar confianza, advertirle que es de mala educación no incluir a una hija en las fotografías familiares, no enterrar a un primo, cambiarse de bando; decirle que no debe escupir en la calle, que eso es de atorrantes. Su padre necesita ser enderezado y ella puede guiar su comportamiento desde el lugar donde nació.

Desde el comedor, sentada frente a la máquina de Nélica que luego fue de Agustín, vigila la pieza del padre. No puede imaginarlo ahí, le cuesta esa visión. La noche anterior sacó los retratos de los muros. El de Nélica y los de los parientes. Los puso boca abajo, junto con la fotografía del niño que será su padre. Si ella no puede verse en un espejo, que los demás tampoco la vean. Desaparecer de una vez, todos juntos. Puestos así, dados vuelta sobre la mesa, los retratos parecen las cartas de un juego que ha quedado suspendido. El timbre vuelve a sonar. Ania deja la máquina de escribir a un lado y va hacia la puerta. No tiene claro qué hará cuando se enfrente a la presencia intrusa. Debería ir preparada, agarrar algún arma de defensa, pero ya es tarde. Ya no puede detener sus pasos. Le parece un camino larguísimo, tiene la sensación de que alguien estira el suelo y lo vuelve infinito. Como esas máquinas para hacer deportes o esos pisos que se desplazan en los aeropuertos para acelerar la marcha de los viajeros. Piensa que no va a llegar a la puerta, que no va a salir más de este punto en el mapa. Que se va a derrumbar la casa con ella ahí, devorada por el tiempo.

El pueblo de *La herencia maldita* ha sido afectado por una epidemia de insomnio. El contagio es a través de la respiración. Cuando cumplen trescientos veinte días sin dormir, los infectados mueren. Lo feo es que los ojos quedan abiertos hasta la eternidad. El pueblo comienza a estar habitado por gente en estado zombi, atontada de sueño. El tiempo está fuera de quicio. Se descubre una píldora que cura el mal, pero cuesta una fortuna. Los pocos que la consiguen se vuelven mezquinos y acaparan las dosis. Pero pronto ocurre algo. Aquellos que han tomado la píldora, después de dormir fabulosamente por treinta noches, no despiertan más. Quien narra la historia es una mujer infectada, que lleva trescientas diecinueve noches de desvelo. No le queda mucho tiempo de vida. Sus hijos, su marido, sus sobrinos, sus amigos: todos han sucumbido. Jamás tuvieron acceso a la píldora, de manera que sus muertes han sido largas y tortuosas. La mujer vive rodeada de cadáveres, porque los sepultureros ya no dan abasto para enterrar tanto cuerpo tirado en las calles. Ella sale por las tardes y revisa las prendas de los muertos, los saquea, ya sin saber bien para qué. Seguramente porque las horas en vela le han hecho perder la cordura. En esas andanzas, una tarde da con una de las píldoras en el bolsillo de un muerto. Un muerto de ojos color perla, bellísimos en su halo mortuorio. ¿Qué hacer? La mujer se debate entre tomar la pastilla para morir dormida en treinta días más o ignorarla y agonizar de sueño en unas horas, con los ojos abiertos. Entonces se echa en el pavimento, junto al cadáver de ojos perlados, y espera que el sol se apague.

No sabe cómo tiene a este hombre enfrente. Ella está tirada en el suelo y él le acaricia la cabeza. Ve una cara espinilluda, un rostro que ha perpetuado las marcas de la adolescencia hasta pasados los setenta años. Un hombre con una boina de color café, añosa. Por un minuto piensa que es Agustín. Pero apenas abre bien los ojos, observa cómo la boca del hombre se abre. Y escucha: soy yo, soy Gariglio, ¿estás bien? Hay algo en su expresión, no sabe exactamente qué, algo indescifrable que Ania relaciona ahora con Javier. Pueden ser los ojos medio achinados, como si desde la nuca alguien los estuviera estirando y no pensara soltarlos. Pueden ser las manos gruesas, un poco callosas. Cuánto le gustaría que fuera Javier quien estuviera ahí, frente a ella. Javier y, detrás de él, el gato. Cualquiera de los dos gatos: el de Javier o el suyo, el gris o el anaranjado. Un animal y la tranquilidad de estar en terreno firme. Parece que me caí pero estoy bien, dice por decir algo. El hombre deja de acariciarle la cabeza y ella comprueba que no tiene sangre. No a la vista, al menos. No sabe si alcanzó a abrir la puerta y luego se desplomó o si Gariglio forzó la entrada o qué. Gracias, gracias, gracias, repite mientras intenta despabilarse. No digás tantas veces gracias, dice el hombre. Y luego le ofrece un mate. Él a ella, no ella a él. Después se acomoda la boina con un gesto doméstico, relajado, como si fuera el dueño de casa. Ania entonces ordena la situación. Se levanta con lentitud pero segura, va a la cocina, pone agua en la cocinilla y le ofrece asiento a la visita. ¿De verdad te acordás de mí?, dice Gariglio con expresión infantil. Me acuerdo de ti como una sombra de Agustín, se sincera ella. El flaco Gariglio desvía la vista y ve la máquina de escribir, el puñado de hojas apelotonadas a los lados, las cartas, los cuadernos de dactilografía, la radio a pilas, todas las pertenencias del primo del padre de Ania. Ahora se detiene en una foto tipo carné de Agustín. Una imagen que a Ania le recuerda a Elvis Presley. Los ojos de Gariglio se contraen, parece acelerar el pestañeo. Imposible saber qué ideas atraviesan ahora mismo su mente. «Ya se fueron todos», murmura el hombre. Ania no está segura de que las palabras vayan dirigidas a ella. Por si acaso,

no contesta. Donde antes hubo una lapicera, detrás de la oreja izquierda, ahora Gariglio atesora un cigarro. De pronto parece recordar que está ahí. Lo saca y se dispone a fumar. No le pide permiso a Ania para hacerlo ni Ania se lo concede. Es un hecho. Ella trae los fósforos y el mate desde la cocina y se acomoda a su lado, en la mesa donde están la máquina de escribir y los objetos encontrados. Durante un rato no hablan, dejan que el fuego vaya quemando el papel y la hierba del cigarro, y genere un sonido casi inaudible, el ruido que haría una araña tejiendo una tela o ellos mismos dejando entrar y salir el aire de sus pulmones. Hasta que Ania rompe la pausa y pregunta dónde está el lugar de Internet. El de los uruguayos, el que Gariglio le mencionó en el velorio. Que perdió el papelito, dice. Que quiere escribirle a su gente, dice. Recién entonces el hombre parece desconectar sus pensamientos y responde que a eso vino, justamente, a preguntarle si necesitaba ayuda. ¿De verdad estás bien, piba? De verdad, estoy perfectamente bien. Ania está a punto de preguntarle exactamente lo mismo, pero no lo hace. Ceban dos o tres mates y salen de la casa, rumbo al centro.



Quedan tres días para que llegue el padre de la chilenua. Todas las noches lo mismo: la locomotora que lo despierta para darle la alerta. Toma tus cosas y hazlo, Tinito. Ahora te toca a ti. Agustín se cubre los oídos con la almohada pero el ruido sigue ahí, como una flecha ciega que se hunde en su mollera. Tendría que levantarse en silencio, buscar abrigo, sacar algunas latas de la despensa, un atado de cigarrillos, un par de novelitas y el juego de naipes de Nélica para no aburrirse en el camino. Envolver la máquina de escribir en una de las bolsas de levadura, echar todo en la valija de la madre y salir por la puerta trasera sin que lo escuchen. Llevarse la mano al pecho en señal de despedida a sus padres. En el patio común cortar un par de racimos de uvas para el camino. Abrir silenciosamente la puerta de la otra casa y entrar como un bandido, con pasos cuidadosos, sin prender ninguna luz, a pulso. Subir la escalera, llegar al altillo. Acercarse a la chilenua. Pedirle que no diga nada, por favor, que lo ayude. Taparle la boca si se resiste demasiado. Que colabore, que no tenga miedito. Que sería feo asustar a los abuelos a esta hora. Si la niña acepta de buena gana, en cambio, tomarla de la mano y desandar el camino con ella, como dos reclusos en fuga. Bajar la escalera, recorrer el pasillo, abrir la puerta y salir a la calle. Pensar en hacer un alto en la casa de Gariglio para despedirse. Descartar la idea. Correr hacia la estación de trenes. Escuchar el sonido de las flautas traversas recibéndolos como se recibe a un par de hermanos poseídos por una desgracia antigua. Tomar el primer tren. Tranquilizar a la chilenua con una palmada en la mejilla, si se resiste. O encender un cigarrillo y empezar a programar sus días en tierra ajena. Dios me libre, pensar, ¡qué felices vamos a ser! Fumar en la plataforma y en el tranvía, olvidarse de las prohibiciones. Enseñarle a la niña a echar el humo por la nariz, enseñarle a teclear con los diez dedos de la mano, sacarla de todas las burbujas. Establecer un nuevo código de conducta para estos parientes en estampida. A la altura de Villa Ballester poner la máquina de escribir sobre la mesita, entre los asientos, y dictarle. Número uno, olvidar la vida previa. Número dos, no aferrarse a un territorio. Número tres, no

escuchar las macanas de los extraños. Número cuatro, no hacer nido en suelo ajeno. Número cinco... ¿Por qué la niña no le obedece? ¿Por qué ha dejado de teclear y ahora corre por el pasillo y se lanza fuera del tren y sube a una máquina que va en sentido contrario y se asoma desde la ventana y le muestra el libro que lleva en la mano, *La herencia maldita*, y le hace un gesto de despedida y no va sola, la muchachita, sino con su padre y vuelven a Chile, juntos, como el par de extranjeros que nunca dejarán de ser y lo dejan solo en este encierro que Agustín ya no tolera? Todas las noches ese pito infernal. A veces cree que va a perder la cabeza, como su misma madre. Mejor hazte un hueco en el asiento trasero de la citroneta apenas el padre de la chilenua estacione el vehículo y no salgas más de ahí, por nada del mundo. Clávate en ese espacio, hombre. Conviértete en una de esas mariposas que le gusta salvar a la niña. Entrégale tus patas y tus antenas, y deja que vaya borrando el polvo de tus alitas con sus dedos redentores.

## MANUAL DEL INMIGRANTE ITALIANO (1913)

### *Truffa all'americana o el «cuento del tío»*

Ya que le he enseñado a moverse por la ciudad, y antes de indicarle las cosas bellas y famosas, debo volver a refrescarle las mismas recomendaciones que tuve que hacerle para la ciudad desde donde embarcó: «En guardia con los embusteros.» Allí le decía que abundaban, aquí le digo que son legiones. Desconfíe de quien no tenga las ropas ni la autoridad para acercarse, no escuche ni historias maravillosas ni casos piadosos y sosténgase por el momento incapaz de prestar la mínima ayuda a cualquiera y muy especialmente a los que le digan «haber hecho el viaje con usted», cosa que no se sabe nunca si es verdad. Sepa que existe un notable sistema para engañar al inmigrante que acaba de desembarcar: es el llamado «cuento del tío» y que en Italia se lo conoce como *truffa all'americana*.

A Gariglio le han robado la bicicleta. Al día siguiente del funeral de Agustín, en la puerta de su casa. Nunca había pasado algo así: por años tuvo la misma bicicleta y la estacionó en el mismo lugar, a la misma hora. Esta ciudad ya no es la de antes, dice, ya no va quedando gente de confianza. Bueno, ya no va quedando gente, agrega en voz baja. Caminan por Belgrano a pasos lentos, como si fueran un par de ancianos que han perdido el norte y la urgencia. Ania tiene la impresión de que todas las calles de la ciudad son iguales excepto las avenidas. La Sarmiento, la Mitre o la Rocca son ríos con flujos moderados. El resto -Paso, Colón, Arenales, Jaures, todas las que rodean la casa de los abuelos, incluida la misma 9 de Julio- son apenas ramales, riachuelos por los que se desplazan los habitantes para ir de la heladería a la farmacia, del mercadito al Cecil, del hospital a la casa. Como si estuviera retomando una charla interrumpida, Gariglio le pregunta ahora por sus hallazgos. Quiere saber si entre la ruma de papeles y fotografías ha encontrado alguna carta de Agustín. Cartas no, dice Ania. Solo sus apuntes de los cursos de dactilografía, sus cuadernos. ¿Debería haber alguna carta?, pregunta. Qué sé yo, dice Gariglio. Pero no es una respuesta convincente. Es una expresión que equivale a levantar los hombros: vaya uno a saber. Hay un silencio feo, que dura dos o tres minutos. Uno de esos silencios que llegan a sonar de tan incómodos que se vuelven. Luego Gariglio lo interrumpe con un silbido que se prolonga por dos cuerdas. Una melodía pegajosa, un valsecito peruano, le parece a Ania. El silbido los pone a salvo hasta que llegan al locutorio. Ahí figuran los uruguayos, enterados de su presencia con antelación, ansiosos, se diría, por recibirla y prestarle su antiquísima máquina de conexión inalámbrica. ¿Así que usted es la hija de Coletti?, dice uno de los dos, el hombre o la mujer. A Ania le da la impresión de que lo han dicho a coro. Esta es la chilena, corrobora Gariglio. Ania, me llamo Ania, dice ella. Pero los uruguayos no le prestan atención. O es que le ha faltado volumen a su voz. El flaco Gariglio les cuenta ahora que ella, la chilena, se está quedando en la casa de 9 de Julio. La de los abuelos, no la de Agustín. Que

ha venido por un tiempo largo, dice. Ania no lo desmiente. Se sienta frente al único computador disponible, un monitor gigante con las turbinas a todo vapor, y escucha la conversación que siguen teniendo como un murmullo lejano. Escucha palabras sueltas: «entierro», «familia», «Chile». Siente que atrás escanean su vida y que ella no puede hacer nada, que ha caído en una trampa. La conexión demora en establecerse, pero después de un rato logra entrar a su cuenta de correo. La pantalla le ofrece al fin un silencio, y ya conectada logra desconectarse de la conversación a sus espaldas. Tiene mensajes del dueño de un perro que pasea y de otra persona que necesita que le vaya a regar las plantas la semana siguiente. Hay también avisos del banco y otros mensajes irrelevantes que ni siquiera abre. Pero ni una señal de Javier ni de su padre. Seis días y ni una palabra, como si la cordillera y la pampa hubieran cortado la cuerda que los unía. Un silencio que no se atreve a interpretar. Le escribe a Javier: que está bien, que debe esperar el trámite de las casas, que han pasado cosas, que mande alguna señal. Le escribe a su padre: que está bien, que debe esperar el trámite de las casas, que han pasado cosas, que si puede mandarle dinero para extender los días en Campana. Por favor. Se queda un rato conectada, a ver si tiene respuesta de alguno de los dos. Abre una página de noticias internacionales. Titulares que no le dicen nada. «Egipto condena a tres años de cárcel a poeta por canción contra AlSisi». Página siguiente: «Roban valiosas coronas de reyes suecos del siglo XVII». Siguiendo: «El chochín se hace barítono». Hace clic en el artículo. Que algunas aves urbanas, como el chochín, están desarrollando canciones más complejas para evitar que el ruido de la ciudad tape su canto natural, dice la nota. Que el trino del pájaro, con el que cortejan y alertan, se ha vuelto más grave y más largo para hacerse oír. Que han aprendido a hacerse otros, piensa Ania. Que eso debería hacer cuando regrese: cambiar la voz, bajar un tono, volver más complejo su canto. Gariglio la mira desde la esquina, como si buscara su aprobación sobre algo que acaba de decir. Ella le sigue el juego y dice sí, sí, sí. Los uruguayos se ríen. Carcajadas que parecen salir de un túnel muy angosto. Ania mira la pantalla y logra nublar la vista. Nubla también el oído. No sabe cuántos minutos permanece así, congelada en el tiempo y en el espacio. En algún momento Gariglio le toca el hombro y le pregunta si está bien. Perfectamente, responde ella. Vuelve a mirar el correo: nada. Ningún mensaje nuevo. Va a sacar unos billetes del bolso para pagar la cuenta, pero los uruguayos le dicen que cómo se le ocurre, que es una atención de la casa.

¿Pudiste comunicarte con los tuyos?, dice Gariglio mientras desandan el camino. Sí, responde escueta. Sospecha que el hombre querría saber más, pero no le da en el gusto. Cuando están llegando a 9 de Julio, Ania le pregunta por las novelas de terror. ¿Las tienes todavía? Gariglio dice que todo el cargamento se lo regaló a Agustín hace una pila de años. Que deben estar en la casa del lado, donde Ania todavía no entra. ¿Las necesitás?, pregunta el hombre. Ania dice que no, que es solo curiosidad. Yo puedo entrar con vos si te da miedito, dice Gariglio. ¿Por qué piensa que le da miedo? ¿Por qué usa el diminutivo? ¿Por qué la trata como a una pendeja? Las preguntas se agolpan, una detrás de otra, pero no salen de su garganta. En cambio dice que está bien, que muchas gracias, que no tiene miedo ni miedito.

GRAN ENCICLOPEDIA DEL MUNDO (1981), TOMO 24, PÁGINA 144:

*Calculadora de bolsillo.* Los avances espectaculares de la electrónica aplicada a mediados de los años 60, especialmente el desarrollo de los circuitos MOS y de las memorias ROM, han dado lugar en el curso de la década de los 70, en materia de calculadoras de bolsillo, a una expansión tan grande como la que se observó en el ramo de los radiorreceptores después del invento del transistor.

En el sueño de anoche, Agustín está con Elvis Presley. El músico da un concierto en un bar que, en el universo del sueño, Agustín visita con frecuencia. Conoce al dedillo el lugar, cree que podría recorrerlo a ciegas. En el centro del bar han improvisado un pequeño escenario, con un telón rojo de fondo. En la mesa de Agustín están también Gariglio, el padre de la chilenua y otra gente. Pero Elvis lo mira a él, a Agustín. A él le canta, a él le guiña un ojo con malicia. Y luego lo invita a subir al escenario. Sus acompañantes aplauden, silban, se vuelven locos con la invitación que Elvis le ha hecho. El padre de la chilenua lo anima a que vaya. Anda, no seas tonto, le dice. No seas boludo, complementa Gariglio. Pero él no se anima a subir. De pronto ha olvidado todas las letras de las canciones, se ha quedado en blanco. Le gustaría que Nérida estuviera ahí y lo ayudara a recordar las letras; que cantaran juntos para el público de Campana y él lograra sacar la voz y la galanura de su ídolo. Te ves como un ángel, caminas como un ángel, hablas como un ángel. Pero descubrí tus intenciones. Eres el diablo disfrazado. Oh sí, lo eres. Eres el diablo disfrazado. Elvis baja a buscarlo y cuando ya está a su lado y lo va a tomar de la mano, Agustín se da cuenta de que no es Elvis Presley sino el flaco Gariglio quien lo está tomando de la mano para llevarlo sobre el escenario. No alcanza a ver si el otro Gariglio, el que estaba con él en la mesa hasta ese momento, se ha desdoblado o ha desaparecido. Tampoco alcanza a saber qué ocurre a continuación sobre el escenario, si sube o no, si canta o no con el falso Elvis Presley. Despierta justo antes del desenlace.



Agustin, esta  
es tu mamá con el  
falso corte y la  
guitarra. escuché  
ya muchos ~~otros~~ discos  
de Elvis Presley.

Esa noche no consigue dormir. Las dos pastillas de zopiclona pasan de largo, el cuerpo no las registra. Ni bien el cielo empieza a clarear, Ania sale de la cama. Obedece al llamado de una orden interna, algo que no es la razón pero tampoco el sentimiento en bruto. Algo anterior a ella, le parece, que la obliga a actuar. Las mañanas han empezado a enfriarse. Lo más abrigado que tiene en su maleta es el polerón negro. Ya le da igual si las letras quedan para adentro o para afuera. Un polerón no va a venir a decirle si está lista o no. Tiene la impresión de que las cigarras cantan con un tono más agudo que los días anteriores, todo lo contrario de los chochines, piensa. Supone que al fin se han adaptado a las risas altas de los ancianos allá en la plaza. Decide que cruzará al otro lado, al espacio de Nélide y Agustín. Que ya está. Que ya se fueron todos y ella necesita ver el lugar antes de que lo demuelan o lo reacondicionen. Siente que está aleteando en banda, que debe romper la inercia. No sabe qué hay detrás de esa puerta. Oscuridad, ¿qué más? Al final de sus días, cuando Nélide ya casi no era Nélide y Ania la visitaba, la mujer le pedía que no encendiera las luces. Que no quería verlos, decía. Que si entraba luz, la llevarían con ellos, insistía y bajaba la voz. Y apretaba la mano o la pierna o lo que hallara más cerca del cuerpo ajeno con mucha fuerza, como si esa carne pudiera sostenerla a este lado de la existencia. Ania no se atrevía a preguntar quiénes eran *ellos*, quiénes se la llevarían. Nélide se quedaba en silencio, volvía por unos minutos a una quietud precaria. Hasta que después de un rato se llevaba las manos a la cabeza y hacía unos movimientos lentos con los dedos, un ir y venir muy meticuloso. Ania imaginaba que la mujer se arrancaba los pensamientos con una pinza, uno a uno, como si fueran astillas. Y los iba tendiendo en un cordelito imaginario para que el viento los abanicara. Así se iban diluyendo, pensaba Ania, se evaporaban los malos asuntos. Se le ocurría entonces que la mente de Nélide era la que ideaba las novelas de terror que le prestaba Agustín, las novelas de Gariglio, las mismas novelas que ahora deben estar apolilladas o comidas por los ratones allá adentro. Pero los demonios de esas historias nunca se

instalaron verdaderamente en la cabeza de Ania. Eran demasiado básicos para tomarlos en serio. Los de Nélide, en cambio, siempre fueron más peligrosos. Porque eran más cercanos y quedaban en familia. Ella quería saber si los muertos de su tía abuela eran también sus muertos. Entonces la escuchaba, poseída igualmente por esas presencias sin gobierno. Ahora cree entender que Agustín y Nélide vivían bajo el influjo de una misma oscuridad, que no era la oscuridad de la muerte sino la de unos pensamientos endemoniados y briosos, como tornados asolando la pampa.

No sabe bien cómo, pero ha cruzado el patio común y ahora está frente a la puerta. Sabe que tiene que actuar, entrar de una vez al reino de los bichos y los espectros que gobiernan esta covacha. Que esto es lo último que hará en Campana, sabe. Empujar la puerta, cruzar la frontera. Cuesta, pero después de varios tironeos la madera cede. Penumbra, telas de araña, olor a encierro. Es lo que imaginaba, después de todo. En la habitación de Agustín encuentra una cama deshecha, un lote de remedios, ropa sucia tirada en el suelo, decenas de colillas de cigarros distribuidas en tres o cuatro ceniceros y varios restos de espirales matamosquitos. No hay sobras de comida, no hay el cadáver de algún animal, no hay mensajes póstumos, no hay tesoros que desenterrar. Supone que Agustín pasaba el día en la otra casa y solo dormía y fumaba en este rincón. La pieza de Nélide, en cambio, está vacía. A excepción de un pisito de madera verde que, tal como la máquina de escribir y las demás pertenencias, ha estado esperándola sin escándalo todos estos años. Ania lo reconoce de inmediato: ella sentada ahí, escuchando la voz rasposa, cansada, que sale de la garganta de su tía abuela. Que eran muy jóvenes, que ella era muy joven, que el soldado Agustín. Después se contradice. Sus *g* suenan como *c*: un amigo, dice, un amigo del barrio. Que era un excompañero de la escuela secundaria, que era su profesor, que eran compañeros en la fábrica. Que fumaban juntos en las plazas o a la orilla del río con este Agustín, muy previo a su hijo Agustín. Que a veces iban al cine, él con su uniforme recién planchado y su gorra verde olivo. Que el latido de las bombas y el país intervenido, dice. Que las sirenas. Que hombres armados y tanquetas en todas las esquinas, que los incendios, que las casas saqueadas, que la familia huyendo por la campiña. Que una vez ella le regaló cigarrillos. Corrección: que una vez ella caminaba por las calles del pueblo con un bolso lleno de tabaco para un pariente. Cigarrillos de contrabando. Y la detuvieron

los militares y le quitaron los cartones y lo demás. En plena plaza, a la vista de todos, que hacían como si fueran ciegos. Que los latidos de la provincia, que el golpe en la cabeza y después la inconsciencia y un silencio tupido. Que los cigarrillos arrojados al suelo. Que el cuerpo entero, que Agustín, que la ropa, que todo el tabaco. Había perros alrededor, criaturas hambrientas. Que ella no aspiraba el humo, no sabía echar el humo por la nariz, se atoraba. Otra versión: que una vez el soldado le ofreció cigarrillos y ella lo rechazó y siguió su camino, moviendo las caderas de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, en una marchita militar imaginaria. Que allá la guerra, acá ella. Que Agustín, otra vez Agustín. Ladridos, corrección, alaridos. Se le confunden las escenas a Nérida cuando intenta reconstruirlas para la chilena. Eso es todo, comprende Ania: un pisito verde, solitario, afirmando la memoria de una casa en ruinas. Ni rastros de las novelas de terror. Eso es todo, zanja. Y se sienta en el pisito a esperar que pase algo que sabe que no va a pasar.

DIGITACION: Para la buena digitación es menester observar ciertas reglas:

1°: Las teclas deberan golpearse suave y secamente, retirando los dedos lo mas rapido posible. 2°: La fuerza de la pulsacion debera ser igual para todas las letras. Se consigue asi una totalidad pareja en la escreitura. 3° La velocidad se mantendra uniforme, procurando en los posible teclear a compas, es decir, que medie el mismo espacio de tiempo entre golpe y golpe.

Faltan dos días para que llegue el padre de la chilenua. Los rumores que ha escuchado crecen. Agustín se da cuenta de que los niños bajan la voz cuando pasa frente a ellos. «El pariente de la pendeja chilenua», escucha que murmuran ahora mismo, en la otra vereda. Como sea, el parentesco le da un milímetro de luz frente a los muchachitos de la escuela, lo saca del anonimato. Por lo menos existe. Por su mente se cruza la idea de romper su silencio de una vez por todas y sumarse a esa voz anónima. Salir de su covacha, ponerse del otro lado del peligro, cruzar ese charco. Aquí estoy, ¿qué buscan?, está a punto de decir. Pero ese no es él. Agustín quiere correr a rescatar a la chilenua. Nélica se lo agradecería, está seguro. Gariglio le ha dicho que los niños son crueles, que el paraíso y el infierno existen. No sabe qué pensar. Son unas criaturas apenas, no pueden hacer tanto daño, trata de convencerse. Tienen la edad del sobrino de su madre, el que murió en sus brazos. Son menores que la chilenua, que su prima Claudia. No son nada, quiere pensar. Pero también sabe que la rabia es un fluido muy espeso, que la patria no es un asunto de edad. No le quedan ni cuarenta y ocho horas para hacer algo. No puede descuidarla como descuidó a su madre. No puede repetir la historia. Ya sabe: unirse a los muchachos y evitar la partida de la niña. No, no, no, eso no. Retenerla, no soltarla. Esconderla de la gente, incluso del padre. Todo el mundo sabe que los padres se plantan en los cuerpos de los hijos y luego hay que sacarlos a la fuerza. O mejor, mucho mejor, cómo no se le ocurrió antes: secuestrar a la niña y entregarla en algún centro de detención. Llevarla envuelta en una bandera argentina. Decirles que el papá de la chilenua es un zurdo, decirlo con el tono que ha escuchado que lo dicen, con desprecio: ese tipo es un zurdo de mierda, se fue a Chile arrancando como arrancan los zurdos de mierda. Decirlo así, tal cual. Y agregar que pueden negociar a la niña como rehén. Y ofrecerse él mismo como guardia. Entonces podría pasar con ella el día completo, instruirla, enderezarla y partir de cero. Qué estás diciendo, Dios mío, Tinito. Lo que tienes que hacer es claro. Entonces cruza la calle y se acerca a los muchachos.

A ver, ¿qué pasa? Yo soy el tío de la chilenita, dice.

Desde la pieza a oscuras de Nélide escucha cómo el teléfono suena en la otra casa. El tintineo de la campanilla como una alarma de incendio, que la hace volver a la realidad. Lo deja expresarse un rato, hasta que el sonido se desvanece. Después de comprobar que, fuera de las cigarras, el silencio ha vuelto a imponerse, abandona su posición en el pisito verde y va hasta el espacio vacío que antes ocupó la cama de Nélide. Le parece que la casa es un hospital desierto y que todos los enfermos, los aparentes y los terminales, se han ido para siempre. Recién entonces se dispone a salir. Evalúa sus opciones: echarse a dormir la siesta bajo el ventilador con aspas, como lo hacía con sus abuelos, o ir hasta el locutorio de Internet y revisar su cuenta otra vez. Opta por la última. Necesita que entre aire fresco a su cabeza. Agarra su bolso y cierra la casa con llave, por si demorara en regresar. Decide cambiar la ruta más directa hacia el centro para no toparse con Gariglio. Camina varias cuadras en dirección al centro saltándose las calles principales, hasta que llega al Cecil. Se asoma por el ventanal y observa el salón en penumbras. Detrás del mostrador divisa a un hombre canoso que, al descubrirse observado, sonrío tímidamente. Ania se pregunta si la estará reconociendo. Si ese hombre también sabrá que es la hija de Coletti. El resplandor de una ampolleta lateral ilumina el ahogo de una sonrisa falsa, y la figura completa del hombre se refleja ahora sobre la ventana. Saca la vista del interior y mira hacia la entrada del bar. Una bicicleta muy parecida, si no igual, a la de Gariglio está amarrada en un poste, al lado de la puerta. Por un minuto teme que el hombre se presente como una aparición en la barra del Cecil y la invite a beber con él. Mira a su alrededor, trata de ubicarse. Ha perdido el norte y ahora no sabe dónde está el locutorio. Ocurre lo esperado: Gariglio asoma su nariz desde las puertas del boliche y la llama con un grito apagado. ¿Qué hacés por acá, piba?, ¿estás perdida? Y sí, está perdida. Y no, no quiere tomar nada. Y ah, qué buena noticia que haya aparecido la bicicleta. Y gracias, oh, muchas gracias. Aunque ella le diga que no es necesario, el flaco Gariglio la escolta hasta el locutorio y luego vuelve al bar.

Los uruguayos la reconocen enseguida. ¿No puede estar sin conectarse con el mundo la chilena?, bromean. A Ania no le simpatiza la broma, pero no dice nada. Se sienta en la misma silla del día anterior y enciende el monitor. Demora varios minutos en conectarse el aparato. Y cuando lo hace: decepción. No hay señas del padre ni de Javier. Por un momento piensa que ha dejado de existir. Los muertos no reciben mensajes, Ania, despábilate. Entonces se da cuenta: en la bandeja de correos basura hay más de treinta mensajes sin leer. Y ahí están los de Javier, bailando en la pantalla. El primero es de hace siete días. «Importante», dice el asunto. Le irrita que Javier sea tan literal. Si algo es importante no se anuncia; se dice directamente, piensa. Y toma nota mental para su manual de conducta. Por unos segundos se resiste a abrirlo. No quiere enterarse de algo anunciado con bombos y platillos como «importante». Las palabras son pertrechos, eso lo debería saber bien Javier. Piensa que debería haberse quedado durmiendo la siesta en la casa de los abuelos en vez de venir al locutorio. Piensa en la importancia de ser otra persona, de estar suspendida en el tiempo. Aunque no es eso, en realidad, no es eso. Lo que verdaderamente le provoca el asunto del mensaje es pánico. ¿Por qué Javier la prepara con esa advertencia? ¿Qué es aquello tan importante que viene a continuación? Entonces lo sabe, lo abre. «Tu papá hospitalizado», ha escrito Javier. Como si fuera un telegrama, lo más breve posible. Como si fueran los años setenta y estuviera economizando el número de palabras. Tres palabras de envío, costo cero. Tres golpes secos, proyectiles directos al corazón. Qué le costaba poner el verbo: está, estuvo, estará. Tu papá *estuvo* hospitalizado, pero ya no. Tranquila, niña. Tu papá *estará* hospitalizado si no vuelves. Reacciona, mujer. Tu papá *está* hospitalizado y ya no hay nada que hacer. Lo siento, hija. Con el sistema del tacto desplegado al máximo, respira profundo y se dispone a abrir los demás mensajes de Javier.

## MANUAL DEL INMIGRANTE ITALIANO (1913)

*Los castigos en el barco.* Los castigos pueden imponerse a quien transgreda el reglamento, altere el orden, ofenda la moral, arruine las cosas o no respete los derechos. Uno puede también, si lo merece, ser puesto en la cárcel y pasar la noche en el puente en compañía del timonel.

A la niña le han roto la cabeza. Esa tarde, a eso de las dos, ha ido a buscar a su prima a la escuela y los chicos han advertido la presencia del enemigo. «¡Fuera, Chile!», han gritado. Y el palo en la nuca -¡tomá, intrusa!- y la sangre y los muchachos arrancando. Agustín se ha enterado por Gariglio. Le han dado ganas de agarrar el mismo palo y quebrárselo en las costillas al amigo. Por no creerle, por tratarlo de exagerado. Esa era la ficción que me estaba armando, ahí está. Ahora quizás la va a perder para siempre: ya no querrá volver a Campana, la chilenuita. Agustín sabe que unos años antes al padre de la niña también lo molieron a palos en la cabeza. No porque fuera chilenu, que no lo era, sino porque... No sabe bien por qué. Lo del padre no fue en una escuelita, sino en la universidad, allá en la capital, por orden del nuevo gobierno. Hace años fue, ya nadie se acuerda. A Agustín le contaron entonces que a su primo le habían zurcido la cabeza con siete puntos y que apenas estuvo bien rajó a Chile para siempre. Y allá nació la niña a la que ahora le ponen otros ocho puntos, se entera Agustín. Remate limpio en el juego de escoba: siete más ocho, quince. Las cartas perfectas. La chilenuita y su padre con la cabeza dibujada, quince puntos como esas bifurcaciones trazadas en los mapas turísticos. Como el que los guía hacia Mar del Plata, hacia Mendoza, hacia Chile también. El padre se la llevará mañana o pasado mañana, cuando la niña esté mejor. Agustín ya no puede hacer nada. Piensa visitarla en el hospital y recorrer los mismos pasillos por los que circuló con su madre cuando se tomó el frasco de pastillas. Entonces él no pudo salvarla. Con la chilenuita al menos lo intentó. Trató de detener la emboscada, pero en vez de eso avivó el fuego. Catrasca, él. Los muchachos se rieron en su cara. Le dijeron que si él era tío de la chilenu, entonces a él también le iban a dar su merecido. Que era un vendepatria, le dijeron, que los familiares de los enemigos también eran enemigos. Que mejor rajara de ahí ahora mismo, dijeron. Gritaron. ¡Rajá de acá, pelotudo! Y él les dijo que se fueran a la concha de la lora, pero lo dijo en voz muy baja. Para adentro, en realidad, ya sin voz. Lo que hizo, en la práctica, fue rajar. Tal como los niños se lo

ordenaron.

Los uruguayos le dicen que está todo bien, que no tiene que pagar el servicio, que lo sienten mucho, nena. Siete minutos ha durado la llamada telefónica a Santiago. Siete días estuvieron los mensajes ahí, sin que ella los viera. No haberse dado cuenta de lo importante, no haber sabido interpretar el silencio. Siete días en que no contestó ese aparato que sonaba en la casa de 9 de Julio porque cómo imaginar que por ese tubo venían señales de Chile. Siete días en que pudo haber retrocedido, desandado el camino y regresado al lugar del que nunca debió salir. Una luz roja, un descuido y ya está. Ni siquiera los pulmones por exceso de nicotina, ni siquiera el cansancio de los setenta y tres. ¿Por qué él y no Leonora y su convalecencia que debió sacarla del juego hace rato? Ania no cree en los milagros. Piensa que debió haberle pedido a Javier que se metiera por el cable del teléfono o por alguna otra ranura y viniera ahora mismo a Campana, directamente, a través del tendido eléctrico. Que viniera a rescatarla, a llevársela de vuelta. Deja atrás el locutorio y camina por la calle de las heladerías. Chau, Coletti, escucha que dice alguien. Mira para todos lados. ¿Es a ella a quien saludan? No pierde minutos en averiguarlo, el tiempo se ha trizado. Camina derecho, sin rumbo, derecho. En la estación de trenes, se sienta en un banco de madera a esperar. Tal como estuvo esperando hace unas horas en el pisito verde de Nérida, se acomoda ahora en su butaca de madera y busca la posición más cómoda para esperar una máquina que ya no pasa. Escucha cómo la sirena de bomberos afina su melodía de las doce. Igual de aguda que las cigarras, que las risas de los viejos, que el repiqueteo del tren en la madrugada. Un pueblo que chilla, que no se calla nunca, a pesar del silencio que finge transmitir. A un costado del lugar, justo frente al quiosco de diarios, alcanza a ver una virgen de cerámica, un jarro de flores con dos calas nuevas y un mensaje escrito en letras celestes sobre el mármol: *Madre mía de Campana, virgencita del buen viaje, haced que llegue a buen destino hoy y en el próximo trayecto.* Más allá, un perro de color hueso, raquítico, duerme bajo el banquito de madera que ocupa un policía. Después de un rato el perro se levanta, camina hacia ella y se echa a

sus pies. No es un perro tipo ratón, como el de su padre. No es su padre, echado a sus pies. Es un perro grande, vagabundo, cuarteado por la vida. Si pasaran barcos por estos rieles, se subiría al primero que asomara su trompa. Amenazaría con un cuchillo o con lo que encontrara más a mano al capitán y lo obligaría a desviar la ruta por la vía fluvial hacia el mar abierto. Se embarcaría con la tripulación y los escasos pasajeros al lugar de algún origen que no fuera el suyo. Ania sabe que algo, que todo se ha roto. Piensa que lo mejor sería caminar hasta el hospital -el de Agustín, el de Nélide, el suyo- y pagar los diecisiete pesos por hora que cobran por el uso del televisor. Y quedarse ahí mucho rato, pasar la noche viendo las imágenes de algún naufragio al otro lado del mundo. Le parece que eso es lo más real de todo. Pero revisa su bolso y no encuentra dinero ni armas de defensa. Mejor se levanta y hace el camino de vuelta por la avenida Rocca. El perro vagabundo la sigue una cuadra y luego se aburre y la abandona. En la plaza se detiene bajo el jacarandá, frente al monumento a los inmigrantes. Siente que la leyenda no le dice nada. Ella no ha venido como una ola detrás del océano; ella ha cruzado una montaña nada más. «El único lugar para un genocida es la cárcel», vuelve a leer en el muro. Trata de pensar en eso, en establecer alguna conexión, pero su mente ahora mismo es una pantalla en blanco. Camina hasta el Cecil, aun corriendo el riesgo de encontrarse con Gariglio otra vez. Hay poca gente a esta hora, ya es casi de noche. Ni rastros de Gariglio, por suerte. Busca una mesa desocupada y se sienta. En el suelo, justo debajo de la mesa que escoge, encuentra un pañuelo de seda rojo. Rojo sangre. No sabe por qué lo hace, no alcanza a procesarlo. Porque le da frío, porque se ve tan suave, porque está abandonado en el suelo. Mentira: porque es casi igual al que le regaló al padre en su último cumpleaños. Es obvio que alguien lo ha olvidado y regresará por él, pero Ania no lo piensa. En realidad no es seda sino una imitación barata, pero eso le importa un bledo ahora que lo tiene en la mano. Un pañuelo que sustituye a otro pañuelo, la misma historia. Lo mete en su bolso y se acomoda bien en la silla. Afuera empieza a lloviznar, el cielo desmembrándose en pedacitos. Va a ser un otoño de mierda. Nunca pasó un otoño en Campana, siempre fueron veranos: de diciembre a febrero, la mayor parte del tiempo, y regresar con el padre a su terruño y empezar marzo juntos, solos, como la familia de dos miembros, el pequeño núcleo autosuficiente que formaron durante años, hasta que llegó Leonora. Nunca ha robado un pañuelo de seda, nunca ha robado. Llama al

mozo como lo hace siempre -¡mozo, mozo!-, sin atender manuales de comportamiento. Quiere volver a ser ella. Saca un lápiz del bolso y toma una servilleta de papel del dispensador que está sobre la mesa. Intenta programar lo que hará durante las próximas horas. Quiere hacer una lista, pero no sabe bien de qué. Decide que tiene que actuar, que tiene que volver. No puede demorar más la decisión: tiene que volver con la misma prisa del viaje de ida. Ya no a sustituir al padre, sino a sí misma. Al costado de sí misma que se habrá quedado acá sin su entera voluntad. En su lienzo mental solo hay imágenes de una hija velando por un padre en una pieza de hospital. Si las cosas milagrosamente salen bien, les pedirá a los médicos que los dejen solos y le dirá todo. No sabe qué es exactamente *todo*, pero se lo dirá todo. Aunque le esté hablando a una planta y sus palabras reboten en el aire. Si las cosas salen mal, estará tranquila, se comportará como se comporta una huérfana o una viuda, y cuando los demás se distraigan, lo secuestrará y huirá con él a este lado de la cordillera. Lo traerá de vuelta en una cajita, como si fuera una joya antigua, algún collar valioso de Nérida. Y al fin lo juntará con los suyos, con toda su parentela. Ahora mira el bolso, dispuesta a sacar el trofeo y cubrirse la cara con la seda roja del pañuelo. Un luto rojo, como corresponde a la hija de un padre esquivo. Pero en ese instante un hombre con expresión de angustia entra al Cecil y empieza a husmear las mesas. Busca el pañuelo, es evidente. Ania lo escucha hablar con el cantinero. Ahora revisan juntos cada mesa. Le piden permiso para buscar bajo sus pies. Es más, ahora ella misma se une a la búsqueda del pañuelo de falsa seda. Pero no está dispuesta a entregar el botín, si no cómo va a velar después a su padre. No puede abandonarlo justo ahora que lo ha recuperado. Pide disculpas y va al baño. Una vez sola en la salita de servicios, saca el pañuelo del bolso, cubre la mitad de su cara con él (los ojos despejados) y al fin se mira al espejo después de una semana sin verse. El alivio de seguir existiendo. La desgracia de haberlo perdido.

## MANUAL DEL INMIGRANTE ITALIANO (1913)

*Pasaporte.* ¿No ha visto nunca cómo es un pasaporte? Yo se lo describo. Es una libreta impresa compuesta de 20 páginas. La primera tiene el escudo real, está encabezada por el nombre del Rey y contiene las generalidades del titular del pasaporte, o sea, el nombre y el apellido del emigrante, su paternidad, lugar de nacimiento, profesión y lugar de residencia en Italia. En la segunda página están sus señas personales, o sea su estatura, la forma de la frente, de la nariz, de la boca, el color de la cara, de los bigotes y barba si los tiene, los signos característicos visibles como cicatrices, defectos, etc. Esta página también contiene la firma del emigrante, siempre que este sepa escribir.

En el sueño de esa noche, Ania atraviesa el mar para buscar los restos de su padre. El océano, allá abajo, le parece un accidente biográfico. A sus setenta y tres años, el hombre ha huido de Chile y ha aterrizado en el Piamonte de su parentela. Con tanta mala suerte, sin embargo, que ahora es un cuerpo y ya no una persona viva. Les dicen *restos*, como si fueran las sobras de un pan desmigajado. El equipaje de Ania es ligero, su vida cabe en una maleta de mano. El pañuelo rojo (que por esas distorsiones de los sueños es más bien rosado: sangre diluida en agua), el polerón negro, los jeans, un sombrerito de bambú para cubrirse del sol, los somníferos en un pastillero transparente. Y el pasaporte, que deberá mostrar en la frontera: Nélida Damilano. N.º de Matrícula: 1.807.740. Estatura: 1,66 m. El cutis de color: blanco. Cabello: castaño. Nariz: recta. Ojos color: pardo. Boca: mediana. Orejas: chicas. Entonces emplumar, cruzar el océano, traer de vuelta al padre.

¿Dónde te habías metido?, pregunta Claudia al otro lado del teléfono. ¿Por qué no contestabas? Pensé que te habías vuelto a Chile. Ania no sabe qué responder. Escucha el sermón de la prima con la cola entre las piernas. Que hay un interesado en comprar las casas, las dos casas. ¿Te das cuenta, primi? Quieren comprar el lote completo de 9 de Julio, con el patio, con las uvas reventadas, con todo. Es insólito. Ni idea si el tipo las quiere para demolerlas y construir un edificio o para reconstruirlas. Pero las quiere, ¿te das cuenta? Hay que programar el día de visita. ¿Querés que vaya yo también para mostrarlas? Te he estado llamando hace mil días y no contestás el teléfono. Casi perdemos al comprador, ¿dónde te habías metido? ¿Primi, estás ahí? Y sí, primi está ahí, pero no tiene voz. Crac. Después de un esfuerzo, algo sale de su garganta. Algo que Claudia no se esperaba. Y sí, Ania tampoco lo esperaba: ella no cruzó la montaña para esto. Y sí, dice, es como si me hubieran roto la cabeza. Una herida al rojo vivo muy adentro, muy adentro. Las palabras quedan sonando como un eco al otro lado de la línea telefónica.

## MANUAL DEL INMIGRANTE ITALIANO (1913)

*Comportamiento.* Y ahora que le he dado las informaciones más indispensables para afrontar exitosamente el ambiente donde usted está por trasplantar su existencia, quisiera decirle otras cosas sobre el modo de comportarse.

La niña empaca su valija en la casa de los abuelos y él golpea las teclas de la máquina de escribir al ritmo de un tedio que no es propiamente el tedio de la provincia, sino uno mucho más interior, menos reconocible. Acaso lo suyo no se llame tedio. Abandona su ejercicio de dactilografía, cruza el patio y golpea la puerta de la casa vecina. Permiso, dice, vengo a despedirme. Los abuelos desayunan en la mesa del comedor. Ceban mate y esperan a la niña con medialunas, dulce de camote y queso. Para ella hay un vaso de leche, saben que odia el mate. Están esperando a que baje con su valija. El padre ha ido a hacer diligencias, a poner la citroneta a punto, a comprar cosas para el regreso a Chile. Los viejos invitan a Agustín a incorporarse. ¿Querés un mate, Tinito? No, no, solo venía a despedirme, dice. Y se queda de pie en un rincón, esperando a que la figura de la chilenita asome desde la escalera del altillo. Cuando la ve bajar no atina a ayudarla con el equipaje. Sus ojos están incrustados en ella, tratando de retenerla, de aprenderse su cara de memoria. Mira con detención el parche en la cabeza, la gasa blanca teñida con pequeñas manchas rojizas. Está viva la herida, piensa Agustín. Está más viva que yo la sangre de la chilenita. Su cuerpo no responde, imagina que no la verá más. La niña tiene un sombrerito de bambú en la mano. Para ocultar el parche, seguramente. Que lo lleve con ella, que no lo deje solo en este paisaje oxidado. Por favor, por favor. De pronto Agustín siente que le falta el aire. Pide permiso para abrir la ventana que da al patio común. Los abuelos le preguntan si tiene calor. Solo quiero ver el cielo, dice. Como si no viniera llegando de afuera o no hubiera visto nunca esa bóveda celeste que ahora necesita con urgencia. Los abuelos, sin embargo, no le dan bola. Entonces abre la ventana y se asoma: nubes algodinosas y un sol que es como una astilla que se clava en sus ojos. Se le ocurre que allá arriba está la vida real. Cierra la ventana, mira a la niña por última vez. Piensa que llegado el próximo verano él ya no estará y ellos seguirán desayunando en esa mesa, y las astillas de sol se filtrarán por la ventana y se clavarán en sus pellejos, y ellos seguirán ahí. El mate, las astillas, el sol.

OMISIONES Y ERRORES: Al terminar un escrito no retirarse el papel de la maquina sin haberlo leído detenidamente, para comprobar si no presenta omisiones o errores. Se evitan así los inconvenientes que origina colocar nuevamente el papel (...). Cuando se escribe en papel carbonico es cuando mayores precauciones deben tenerse, puesto que el error que se cometa en el original se producirá logicamente en cada una de las copias. En este caso basta colocar una hoja de papel intercalada entre el carbonico y la plana, para evitar que la presión ejercida con la goma manche los trabajos.

Empaca las pertenencias de Nélide y Agustín tal como las encontró, en la misma caja, excepto por los cuadernos de dactilografía. Guarda el primero, el de 1970, en su bolso de mano. Cuando ya tiene todo listo vuelve a colgar las fotos de los parientes en el muro. Solo se queda con el retrato del padre. Apenas cabe en su maleta, pero logra llevarlo con ella de vuelta. Recorre por última vez los rincones de 9 de Julio: la pieza de los abuelos, el altillo, la pieza que ocupó su padre, el patio común, el parrón desvencijado, los yuyos salvajes al fondo, la habitación de Nélide en la otra casa, el rincón de Agustín. Y sale de un lugar que nunca más va a ver. En la calle mira las ramas del naranjo por si encuentra algún nido solitario, pero los pájaros están demasiado lejos o ya no empollan ahí. Tampoco hay frutos en las ramas ni en el suelo. Un árbol estéril, una ciudad que se vacía. En ese momento recuerda lo que leyó una vez en la enciclopedia del padre sobre el exterminio de gorriones en China, a fines de los años cincuenta. El Partido dictaminó que los pájaros eran una plaga, que se comían los granos almacenados del cultivo y producían grandes pérdidas para la economía. Y ordenó que los ciudadanos mataran al menos tres gorriones por día. Los chinos, disciplinados o temerosos, no se iban a dormir antes de cazar hasta el último pájaro visible. Pero los gorriones no solo comían granos, sino también insectos. Entonces se acabaron los pájaros, pero llegaron las langostas y esa plaga fue feroz: arruinó las cosechas y dejó en la pobreza al país. Ciudades sin pájaros, nidos abandonados. Con esa imagen en la cabeza, Ania camina hacia el bus que la llevará a la capital para tomar el avión de regreso. No ve gente en las calles. Como si todos hubieran tenido que salir arrancando y hubieran dejado las cosas a medio hacer, la ciudad a medio existir. Pánico en el paraíso, piensa. Y quiere reírse, pero no le sale la risa. Lo que le sale es un pensamiento hacia el futuro cercano. Piensa que después de unas horas ya no será ella. Será una mujer que ha visto a su padre. Quisiera retroceder veinte o treinta jugadas en el tablero y subirse ahora mismo a la citroneta y desandar la ruta como copilota del hombre que la engendró. Las nubes gordas, la brisa, la línea recta

del camino, la planicie que los succiona, la visión de la montaña, el ascenso. Pero el guion avanza con cortes directos, sin dilaciones, y ella se entrega al ritmo vertiginoso de las siguientes escenas. Ya en el avión, mira por la ventanilla y tiene la sensación de estar buscando algo en el aire. El pánico a volar es el mismo de sus diez, sus quince, sus veinte años. Pero ahora le parece que los destellos del sol la ponen a salvo. Una luz de terciopelo, que vuelve más nítidos los pequeños valles, los montículos, las cumbres, la nieve expandida en las alturas. Si ajusta bien la mirada, puede tocar los cerros con los ojos. La máquina se sacude. Ella sabe que la montaña está dispuesta a recibirla con sus cuencas abiertas. Aterrizar en tierra pedregosa y armarse un nido provisorio, muy lejos de la mansedumbre humana. Quedarse a vivir entre los musgos que consiguen respirar en las alturas y algún arbusto resistente. Entre alcohones y barbosas. De pronto se le ocurre que el origen de sus problemas es que no tiene jardín. Ania piensa que regar un jardín de noche debe ser como rescatar un pájaro sin canto o atravesar un océano o golpear frenéticamente las teclas de una máquina de escribir. Y que sin jardín ni pájaros ni teclados ni mares abiertos donde poner la mente en remojo, todo se vuelve improbable. Pero está segura, segurísima, de que en el futuro cercano, después de que todo esto pase, tendrá un jardín y lo regará con esmero. Como si fuera un pequeño campo del interior, un territorio liberado de los recuerdos y la sangre. Lo regará con el sistema del tacto, como si se tratara de un corazón desfalleciente, con celo de taquígrafo. Y algunas noches le parecerá escuchar el canto de un tilonorrinco o la voz de su padre. Un sonido que se mezclará en su cabeza y la dejará despierta. Y se levantará de madrugada y ajustará la manguera y prenderá la llave y dejará que el agua corra sobre los mechones de pasto y vaya labrando un charco que delinee, gota a gota, los contornos de una laguna propia.

## **AGRADECIMIENTOS**

Todas las gracias del mundo para David Ponce, Juana Inés Casas, Andrea Palet, Lorena Amaro, Diego Zúñiga, Galo Ghigliotto, Alejandro Zambra, Cristian Geisse, Aníbal Gatica, Tania Lagos, Andrea Montejo y Paula Canal, quienes leyeron los brotes, las ramas y/o alguna de las múltiples versiones de este libro. Mi agradecimiento también para Franca, Elsa, Nina, Franco, Luciano y el resto del clan piamontés, que abrieron surcos para la memoria y la imaginación. Gracias a Maria Nicola por sugerir otras rutas posibles y recibirme en su madriguera. Gracias a Vanina, que escuchó y estuvo siempre. Gracias a mi padre, por supuesto: sin él, esta novela no existiría. Y mi agradecimiento mayúsculo a Norberto Lombardi, el último miembro de la tribu, por acompañarme hasta el final en un rastreo tan obsesivo como memorioso.